

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 829.

## SUMARIO.

**Ulises Grant**; grabado. — **Poesía.** — **Sentido moral del teatro.** — **Sucesos de España**; grabados. — **Ponche ofrecido en Argel á M. Jules Favre**; grabado. — **Revista de Paris.** — **Alonso de Armenta.** — **Venganza Irlandesa.** — **La restauracion del Palacio de Justicia en Paris**; grabados. — **Edad media.** — **Los escritores rumanos**; grabado. — **La nueva iglesia de San Agustin en Paris**; grabado. — **Debe y haber**, novela escrita en aleman por **Gustavo Freitag.** — **Los Setters de Rusia**; grabado. — **Problemas de ajedrez**; grabado. — **Rectificacion.**

## Ulises Grant.

El general Grant acaba de ser elegido presidente de los Estados Unidos por una inmensa mayoría: el resultado estaba previsto desde la eleccion del general como candidato del partido republicano por la convencion de Chicago.

Para acompañar al retrato del general Grant que publicamos en esta primera página, recordaremos á grandes rasgos los actos principales de su gloriosa carrera.

El ilustre general es un alumno de la escuela militar de West-Point; pero como se observa con frecuencia en la historia de los oficiales generales americanos, despues de haber ganado sus charreteras de teniente y de capitán en la campaña de Méjico, en 1846, dió su dimision para ser sucesivamente director de una fábrica de curtidos, ingeniero y agricultor.

La guerra del Sur hizo que volviese á empuñar su espada. Alistado en clase de capitán, alcanzó todos sus grados con brillantes hechos de armas, y sus eminentes cualidades no tardaron en ponerle á la cabeza del grande ejército del Norte, que llevó de victoria en victoria hasta Rich-

mond, el postrer baluarte de la secesion. La rendicion de esta capital del Sur hizo del general el héroe de la gran república, que le saludó como pacificador de los Estados sublevados y salvador de la patria.

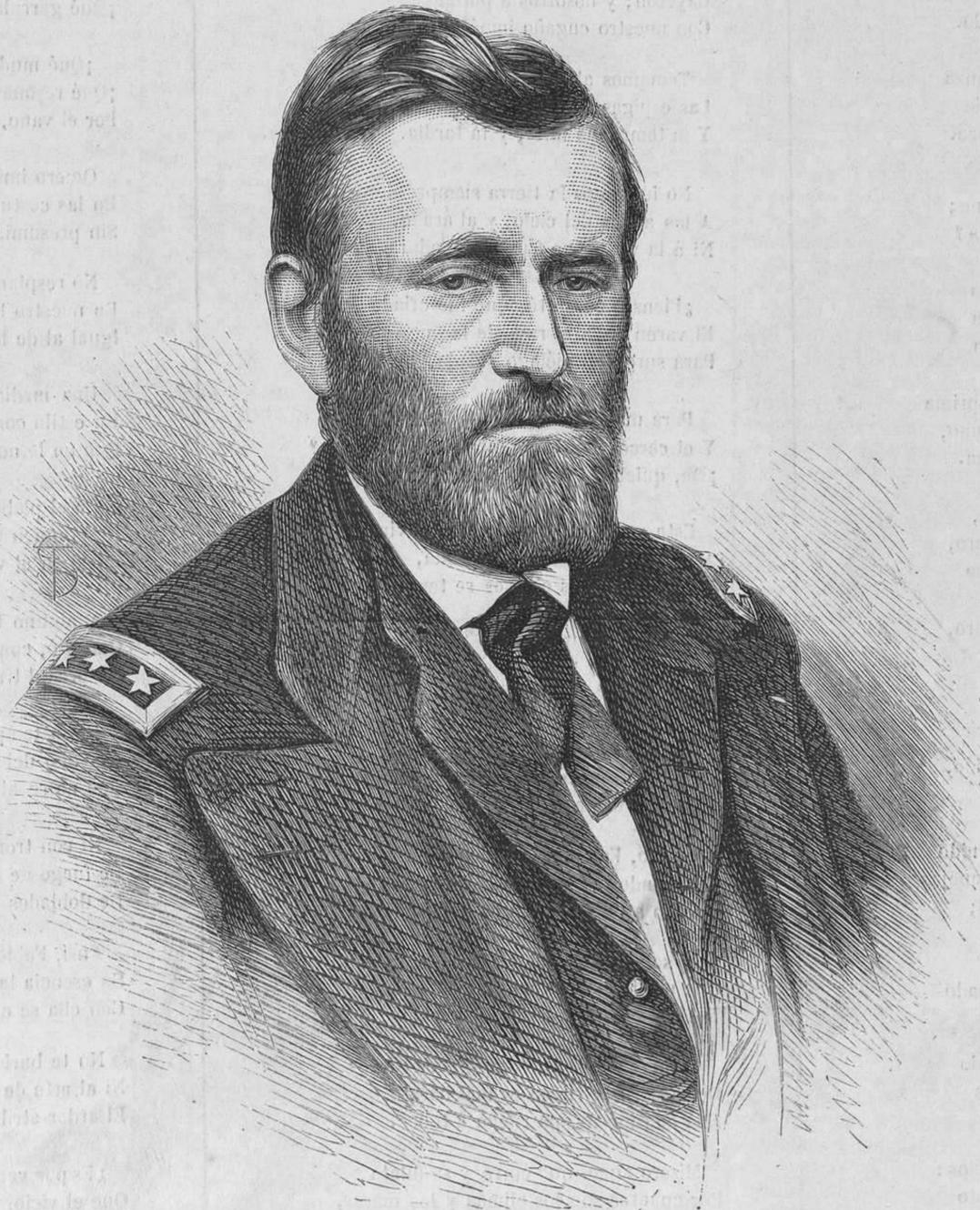
Desde entonces una popularidad que ha ido siempre en aumento colocaba al general Grant en primera línea entre los hombres políticos de la Union. Con efecto, im-

porta observar aquí que al elevarse á la cúspide del poder militar, el héroe aclamado por todas partes habia conquistado, como hombre político, una autoridad extraordinaria que le designaba en todos los Estados á la eleccion de sus conciudadanos. Conviene hacer resaltar el carácter de esta influencia preponderante, pues á su actitud tan firme como moderada debe el general esa alta situacion que al convertirle en representante del partido radical, le asegura las simpatías de los demócratas.

Colocado entre las exageraciones de los republicanos y las resistencias de los Estados del Sur, el general Grant supo mantenerse firmemente en la línea que no tenia mas objeto que la reconstitucion de la Union, sin reacciones ni venganzas. Así es que decia al presidente Lincoln:

«El alma de un verdadero soldado no sabe plejarse á las exigencias de la intriga y de la venganza. Dejadme conquistar la paz que tanto necesitamos, y la nacion dispondrá á su antojo del fruto de la victoria. A mi frente veo un ejército, y yo no conozco otro deber que el de vencerle. El Sur es una porcion de mi patria, y no puedo tratarle como enemigo; no creo político destrozarle. Si vuestro fin es llevar á él el fuego y la llama, buscad otro general; M. Butler podrá servirlos para el caso.»

La Union, nada mas que la Union y todo por ella, tal ha sido la invariable regla seguida por el general, y en la carta que escribió para aceptar la candidatura presidencial, demuestra los mismos sentimientos resueltos y benévolos. La carta en cuestion, tan sencilla como digna, contiene los dos principios que servirán de regla á su administracion. Por una parte, tratará de mantener la paz, que con razon considera como la primera necesidad de los pueblos, y por otra declara, aunque sin entrar en pormenores, que como primer funcionario de la república



Ulises Grant, nuevo presidente de los Estados Unidos.

ca, no tendrá mas que un fin, que es el de ejecutar fielmente la voluntad del pueblo. «Siempre he respetado esa voluntad, dice el general, y la respetaré siempre.» Contamos pues con la leal ejecucion de este programa.

H. C.

**Poesía.**

EPÍSTOLA DE FRANCISCO DE RIOJA.

Fabio, las esperanzas cortesanas  
Prisiones son, do el ambicioso muere,  
Y donde al mas astuto nacen canas.

Y el que no las limare, ó las rompiere,  
Ni el nombre de varon ha merecido,  
Ni subir al honor, que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido  
Elija en sus intentos temeroso  
Primero estar suspenso, que caído :

Que el corazon entero y generoso  
Al caso adverso inclinará la frente,  
Antes que la rodilla al poderoso.

Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,  
Que supo retirarse á la fortuna,  
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasion prolija é importuna  
De contrarios sucesos, nos espera  
Desde el primer sollozo hasta la cuna.

Dejémosla pasar, como á la fiera  
Corriente del gran Betis, cuando airado,  
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado,  
Que el premio mereció; no quien le alcanza  
Por varias consecuencias del Estado.

Peculio propio es ya de la privanza  
Cuanto de Austria fué, cuanto regia  
Con su temida espada y fuerte lanza.

El oro, la maldad, la tiranía  
Del inicuo precede, y pasa al bueno;  
¿Qué espera la virtud, ó qué confía?

Ven y reposa en el materno seno  
De la antigua Remúlea, cuyo clima  
Te será mas humano y mas sereno.

Adonde, por lo menos, cuando oprima  
La tierra nuestro cuerpo, dirá alguno,  
Blanda le sea, al derramarla encima.

Donde no dejarás la mesa ayuno,  
Cuando en ella nos falte el pece raro,  
O cuando su pabon nos niegue Juno.

Busca pues el sosiego dulce y caro,  
Como en la oscura noche del Egeo  
Busca el piloto el eminente Faro.

Que si acortas y ciñes tu deseo,  
Dirás, lo que yo precio he conseguido,  
Que la opinion vulgar es devaneo.

Más quiere el ruiseñor su pobre nido  
De pluma, y leves pajas, más sus quejas  
En el bosque repuesto y escondido;

Que agradar lisonjero las orejas  
De algun príncipe insigne, aprisionado  
En el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel, que vive destinado  
A esa antigua colonia, do los vicios  
Habitan con semblante disfrazado.

Cese el ansia y la sed de los oficios:  
Se acepta el don, y burla del intento  
El ídolo á quien hace sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,  
Y no te pasarás de hoy á mañana,  
Ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana  
De nuestra antigua Itálica, y esperas:  
¡Oh error perpétuo de la suerte humana!

Las enseñas Grecianas; las banderas  
Del Senado Romano y Monarquía  
Murieron acabando sus carreras.

¿Qué es nuestra vida mas de un breve dia,  
Do apenas sale el sol, cuando se pierde  
En las tinieblas de la noche fria?

¿Qué es mas que el heno á la mañana verde,  
Seco á la tarde? ¡oh ciego desvario!  
¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será, que pueda ver que me desvío  
De la vida viviendo, y que esté unida  
La corta muerte al siempre vivir mio?

Como los rios en veloz corrida  
Se llevan á la mar; tal soy llevado  
Al último suspiro de mi vida.

¿De la pasada edad, qué me ha quedado?  
¿O qué tengo yo á dicha en la que espero,  
Sin alguna noticia de mi hado?

¡Oh, si acabase, viendo como muero,  
De aprender á morir, antes que llegue  
Aquel forzoso término postrero;

Antes que aquesta mies inútil siegue  
De la severa muerte dura mano,  
Y en la comun materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,  
El otoño pasó con sus racimos,  
Pasó el invierno con sus nieves cano:

Las hojas, que en las altas selvas vimos,  
Cayeron; y nosotros á porfía  
Con nuestro engaño inmóviles vivimos.

Temamos al Señor, que nos envía  
Las espigas del año, y la hartura,  
Y la temprana mies, y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura  
A las aguas del cielo, y al arado,  
Ni á la vid, cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú, que fué criado  
El varon para el rayo de la guerra,  
Para surcar el piélagos salado,

Para medir el orbe de la tierra,  
Y el cerco, por do el sol siempre camina?  
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!

Esta nuestra porcion alta y divina  
A mayores acciones es llamada,  
Y en mas nobles objetos se termina.

Asi aquella, que á solo el hombre es dada,  
Sacra razen y pura me despierta  
De esplendor y de rayos coronada.

Y en la fria region dura y desierta  
De aqueste pecho enciendo viva llama,  
Y la luz vuelve á arder, que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,  
Y callando pasar entre la gente,  
Que no afecto los nombres de la fama.

El soberbio tirano del Oriente,  
Que maciza las torres de cien codos  
Del cándido metal puro y luciente;

Apenas puede ya comprar los modos  
Del pecar: la virtud es mas barata,  
Ella consigo misma ruega á todos.

Misero aquel que corre y se dilata  
Por cuantos son los climas y los mares,  
Perseguidor del oro y de la plata.

¿Un ángulo me falta entre mis lares,  
Un libro, y un amigo, un sueño breve,  
Que no perturban deudas, ni pesares?

Esto tan solamente es cuanto debe  
Naturaleza al simple y al discreto...  
Y algun manjar comun, honesto y leve.

No porque así te escribo hagas concepto,  
Que ponga la verdad en ejercicio,  
Que aun esto fué difícil á Epicteto.

Basta que empiece á aborrecer el vicio,  
Y el buen camino enseñe al que es modesto,  
Despues le será el cielo mas propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto  
De sólida virtud, que aun el vicioso  
En si propio le trata de molesto.

Mas no podrás negarme cuán forzoso  
Este camino sea al alto asiento,  
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento  
Aquella inteligencia, que mensura  
La duracion de todo á su talento:

Flor la vimos primero hermosa y pura;  
Luego materia acerba y desabrida,  
Y perfecta despues, dulce y madura.

Tal la humana prudencia es bien que mida,  
Y comparta, y compense las acciones,  
Que han de ser compañeras de las vidas.

No quiera Dios que siga los varones,  
Que moran nuestras plazas macilentos,  
De la virtud infames histriones:

Esos inmundos, trágicos y atentos  
Al aplauso comun, cuyas entrañas  
Son infectos y oscuros monumentos.

¿Qué callada que pasa á las montañas  
El aura respirando blandamente!  
¿Qué garrula y sonante por las cañas!

¿Qué muda la virtud por el prudente!  
¿Qué resonante con civil ruido  
Por el vano, ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,  
En las costumbres solo á los mejores,  
Sin presumir de roto, ó mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores  
En nuestro traje, ni tampoco sea  
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,  
Un estilo comun y moderado,  
Que no le note nadie que le vea.

En el plebeyo barro mal tostado  
Hubo quien bebió tan ambicioso,  
Como en el vaso mürino preciado.

Y alguno tan ilustre y generoso,  
Que usó, como si fuera plata neta,  
De cristal trasparente y luminoso.

En la templanza está la paz perfecta,  
En vano del vicioso codiciada,  
Que no se alcanza con veloz saeta.

Ni con tronante máquina preñada  
De fuego de terror; que no es su puerta  
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta  
Su esencia la verdad, y el albedrío  
Con ella se compone y se concierta.

No te burles de mí cuando confío;  
Ni al arte de decir vana y pomposa  
El ardor atribuyas de este brío.

¿Es por ventura menos poderosa,  
Que el vicio, la virtud, ó menos fuerte?  
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte  
Se arroja al mar, la ira á las espadas,  
Y la ambicion se rie de la muerte.

¿No serán siquiera tan osadas  
Las opuestas razones, si las miro  
De mas ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo, y me retiro  
De cuanto simple amé; rompí los lazos:  
Ven, y verás al grande fin que aspiro,  
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

### Sentido moral del teatro.

(Conclusion.)

Me limitaré á citar las dos lumbreras principales del teatro romántico francés: Victor Hugo y Alejandro Dumas. Movidos ambos por su ambiciosa fantasia y por el ímpetu de la nueva doctrina, de que eran fervorosos apóstoles, trastornaron, no sin fruto y sin gloria, las creencias y los dogmas literarios que habian sido por tanto tiempo reglas sagradas de las letras, no solo en Francia, sino en la Europa entera.

El mundo moral que trasladaban al teatro, no era por cierto el mundo real, con las pasiones, los lances y los sentimientos comunes de la vida humana. Era el mundo de su imaginación, que á todo trance buscaba lo grande y lo extraordinario, aun á costa de la verdad. Afectos, acontecimientos, caracteres históricos, cuadros de la sociedad contemporánea; todo lo trazaban con pincel temerario, todo lo extremaban, frizando siempre en la paradoja, achaque inevitable de aquellos que tienen por rastreras é insulsas las realidades de la vida. Pero, no hay que olvidarlo, esos trastornadores de la escena francesa, esos creadores de un mundo moral imaginario, no pocas veces monstruoso, jamás envilecieron el arte, jamás hicieron descender los sentimientos del alma humana al infimo nivel á que los ha traído la escuela cínica de la era presente.

Hoy reina el *realismo*, el cual, con pretexto de buscar la verdad sin galas ni atavíos, todo lo amengua y lo empobrece, y lo que es mas, se aparta á menudo de la verdad misma, que ni siempre se presenta al mundo indigente y desnuda, ni así satisface las necesidades morales y artísticas de las naciones civilizadas.

Victor Hugo y Alejandro Dumas ofrecen á veces á los espectadores personajes dramáticos de abyecta condicion, y en pugna abierta con la sociedad, á causa de sus crímenes ó sus extrañas desventuras; pero, para hacerlos simpáticos y formar contrastes de carácter dramático, los suponen al mismo tiempo, ora dotados de prendas singulares, ora enardecidos por nobles y acendrados afectos; los hacen además mártires de sus extravíos, y así atenúan la odiosidad de sus dolencias morales.

Suelen ser estos personajes seres imposibles en la vida real, pero están creados por ideales impulsos y por vuelos fantásticos de elevada intencion. Nunca toman ruin ni prosaico carácter, ni son, merced á su índole, la leyenda, rastrera imágen y dañosa leccion para las costumbres.

Llana tarea seria demostraros, por medio de un examen comparativo, la diferencia fundamental que hay entre caracteres, al parecer análogos, del teatro de los escritores románticos franceses, y del de los que en los últimos años han abusado, contra la moral y contra el decoro de la escena, de la libertad literaria que aquellos románticos cimentaron con mas sana intencion y mas encumbrados propósitos. Vosotros no necesitais de esta demostracion.

Ociosa la hace vuestro claro y reconocido criterio. Creo, sin embargo, oportuno llamar vuestra atencion, por via de ejemplo, sobre el carácter degenerado que toma en manos de los novísimos autores dramáticos un tipo falso y poco plausible en sí mismo, pero que habiendo nacido ideal en la lira de Victor Hugo, ha sido convertido en un carácter vulgar y escandaloso por la musa audaz y descarada, que reina hoy dia donde reinaba, celosa de su dignidad y de su gloria, la noble musa de Corneille y de Racine.

El tipo á que aludo es el de la mujer pervertida, transformada é idealizada por una pasion verdadera. Esta idea, que ha llamado despues, con mas ó menos propiedad, la redencion por medio del amor, y se ha explotado tantas veces y en tan diferentes formas, no nació en Victor Hugo, sino de su impetuoso instinto dramático, que le llevaba, por la índole genial de su número, á buscar las dificultades y los contrastes.

Escabroso era, bajo todos aspectos, el intento del gran poeta. Quiere convertir dos prostitutas, Tisbe y Marion Delorme, como purificadas por la divina llama del amor verdadero, en dos grandes caracteres. El desinterés, la abnegacion, la ternura en su acepcion mas delicada, todas aquellas prendas que no pueden concebirse en almas gastadas y en seres degradados, son cabalmente las que Victor Hugo prodiga á manos llenas á aquellas mujeres desventuradas. Hay que apelar á la

posibilidad de un fenómeno para admitir semejantes aberraciones morales.

Pero sea como quiera, Victor Hugo no atribuye ventaja ni atractivo alguno á mujeres perdidas, como ahora suele hacerse, por la situacion vergonzosa en que las han colocado los vicios; antes bien las pone en pugna constante con los elementos sociales, puros y elevados, que ya no pueden recobrar. Incapaces de inspirar ternura ideal, que es la fuente del amor verdadero, y confianza, que es su mas noble y duradero fundamento, nunca alcanzan los deleites purísimos del amor casto y sereno, que seria para ellas inmerecido galardón.

Nunca estimadas del hombre que llegan á amar de veras, son mártires de su pasion, y esos mismos insepulcros sentimientos, que redimen su alma, se convierten en su enseñanza y en su verdugo. Recordad á Tisbe, sublime emblema del amor, que despues de agotar las amargas angustias del desden y de los celos, toma un veneno, y con abnegacion sobrehumana, entrega su rival al hombre que adora.

Ni Marion Delorme ni Tisbe son figuras del mundo real. Solo viven en los espectáculos de la imaginacion. Pero en ellos tienen, en medio de su extraña índole, su encanto y su grandeza. Su verdadera significacion moral no es perniciosa á la sociedad, y el arte no puede en rigor rechazar esas creaciones fantásticas que abren campo á la pintura de grandes sentimientos.

Ved ahora el sentimiento de la redencion por el amor en manos de la flamante escuela. La *Dame aux Camelias* es como el prototipo de esa cáfila de cortesanas sentimentales que inundan la novela, el drama, la ópera. Todos conocéis ese repugnante cuadro de la prostitucion glorificada, en que la mujer pervertida vive en mansiones esplendorosas, amada con amor profundo, y hasta trata de igual á igual, y rodeada de miramientos, con los padres de su amante, porque degradar la dignidad paternal es una de las innovaciones peregrinas del actual teatro.

A la *Señora de las Camelias*, á la *Traviata* (dadle cualquiera de los mil nombres que ahora tiene), no acarrean sinsabores su mal vivir ni su insolente amor. No parece sino que su situacion odiosa es su hechizo principal y su atraccion mas poderosa. Pero es forzoso llamar hácia ella la simpatía de las gentes, y como serian inverosímiles sus tormentos morales, hay que hacerla interesante por medio de la dolencia física.

La dama mercenaria padece del pecho, arroja sangre por la boca. ¿Cómo no ha de despertar la compasion por este lado quien por ningun otro es capaz de inspirarla? Y cuentan que esto de la tisis, como recurso dramático, se halla en *Dalila* de un escritor esclarecido y en otras varias obras modernas.

En otro tiempo se cifraba el interés dramático en las contiendas íntimas y en las amarguras del alma. La fe, la gloria, el entusiasmo, los afectos ardientes, siempre el espíritu formaba el nudo de la emocion escénica: el interés de la materia parecia indigno de entrar en primer término en la sagrada esfera del arte. ¿Qué habrían pensado Sófocles, Shakspeare, Calderon, Corneille y Goethe, dioses de lo grande y de lo ideal, de esta literatura de tísicos y de prostitutas!

Se dice que estas son las tendencias de la época en que vivimos, y que en las letras y en las artes debe reflejarse siempre la sociedad que las inspira y alimenta. Esto es indudable en cuanto se refiere al gusto, á la belleza, á la emocion estética, que es el alma del movimiento artístico y literario. Pero tal observacion, que mas que un principio crítico es un hecho, no ha de convertirse malamente en un dogma pernicioso á la sociedad y á las letras mismas.

El escritor no se exime nunca, por vigorosa que sea la originalidad de su ingenio, de ciertas influencias dominantes en su tiempo y en su pais; mas no por eso ha de encadenar su conciencia, entrando á ciegas con servil propósito en la depravacion moral. El ingenio tiene, como el corazon, su espontaneidad, su nobleza, su noble albedrío. No puede transigir cuando se trata de las verdades santas del cielo y de la tierra. Si se hace cómplice de los vicios mundanos, envilece á las letras, tuerce su rumbo natural, mata su gloria y su belleza, profana su mision moral. El autor dramático que entra en tan triste camino, lejos de ser, como debe, un verdadero apóstol de la verdadera civilizacion, de aquella que engrandece y acrisola, se convierte en un instrumento de corrupcion y de barbarie.

¿Y pueden estos repugnantes cuadros de vicios y extravagancias morales, en que están desquiciados los fundamentos de la conciencia y desnaturalizados los impulsos del corazon, constituir el noble deleite que busca en el teatro toda nacion culta é ilustrada? El teatro, como la novela, como la prensa, como todos los medios de prorogar ideas y de mover los ánimos de una manera pública y general, es el árbol del mal y del bien, segun el sentido moral que en sí lleva; y de aquí nace la grave responsabilidad que pesa en esta parte sobre los escritores laxos ó indiferentes, y sobre la administracion misma, que, temerosa de poner estorbo en lo mas mínimo á legítimas libertades, peca, por lo comun, en toda Europa, de sobrado tolerante en lo que toca al sentido moral del teatro.

Calumnian á la actual sociedad los que, presentándola con lo á Segor ó á Síbaris, ó á cualquiera de aquellas ciudades que son emblemas tradicionales de una corrupcion irremediable y absoluta, echan sobre ella toda la culpa de la prostitucion del teatro. La culpa es reciproca, como lo es tambien la accion moral. El bien y el mal andan siempre revueltos en el mundo, y es deber

imperioso, así como noble privilegio de las sociedades verdaderamente civilizadas, poner estorbo al mal y abrir al bien francos caminos.

Aunque la perversion fuese universal, y hubiese en el Estado una sola familia perfectamente pura y preservada del contagio inmoral, esa sola familia tendria derecho á que se respetasen en las diversiones públicas su pureza y su austeridad. Imaginaos á una madre que educa solita á sus hijas en una atmósfera inalterable de recogimiento y de recato, y que llegada la edad en que pueden y deben participar del movimiento artístico de su tiempo, las lleva al teatro, esperando hallar en él un recreo honesto y civilizador, y da con la *Señora de las Camelias*, con *Paul Forestier*, ó con otro drama cualquiera de los innumerables en que asoma claramente, detrás de primorosas formas artísticas, el mas grosero materialismo. ¿Qué repugnante sorpresa! ¿Qué retroceso en la educacion! ¿Qué luz funesta en la santa ignorancia de la inocencia verdadera!

Las reflexiones son inútiles ante un concurso tan ilustrado. La jóven española, que se dedica á la literatura dramática, debe tener siempre en la memoria que el antiguo teatro de nuestra patria respira el honor, la fe, la grandeza heroica. Para aquellos autores, hombres entre sí tan diferentes en índole y condicion, los mas altos y puros sentimientos no eran medios convencionales de interés escénico: eran su verdadera inspiracion. Puede decirse que todo aquel teatro, vario, complejo, inmenso, brotaba, como un raudal, de dos fuentes únicas: el fervor de la fe y la elevacion de los sentimientos morales.

Aun no se ha agotado del todo el caudal de aquellos nobles sentimientos. El amor á la verdad y á la virtud nace con el hombre, y aunque indiferente ó pervertida, no hay sociedad que no reconozca y aplauda aquellas dos luces del cielo, tesoros incomparables, con que Dios dotó al alma humana. *Verdad, virtud*; esas son las poderosas palancas de la conciencia, que obligan al hombre á hacer ceder sus pasiones á sus deberes. Presentadas en el teatro con los ingeniosos y cautivadores atavíos artísticos con que suelen vestirse la materia y el vicio, y vereis cómo alcanzais triunfos mayores, mas puros, mas provechosos á la sociedad, mas dignos de la mision moral del arte.

Algunos afirman que el teatro es un simple recreo, sin accion sobre el ánimo de las gentes, incapaz, por tanto, de ejercer influencia en las ideas y en las costumbres, y que las virtudes que retrata son «tan muertas como las del mármol y del bronce finge el arte para adornar los pórticos de los jardines.»

¡Insigne error, nacido de la indiferencia de nuestros tiempos! No hay cuadro de afectos y de costumbres, no hay expresion de ideas y de sentimientos, que no deje rastro alguno en el alma. Bien lo sabeis: todo sentimiento provoca un sentimiento; toda idea despierta ó confirma una idea. ¿Cuántas veces la diestra afliccion de la ternura ó del infortunio nos hace derramar lágrimas dulces ó amargas en el teatro! ¿Cuántas la expresion feliz de afectos generosos, la pintura de acciones heroicas hace palpar nuestro corazon por la simpatía que nos inspira involuntariamente cuanto es puro y grande en la tierra! ¿Y hay quien piense, señores, que esas lágrimas y esas santas emociones son absolutamente perdidas, y que su impresion es tan efimera como la instantánea huella que deja el ave al tocar con el ala los tersos cristales de un lago?

No lo creais. Nada es indiferente para la educacion del alma. Todo sentimiento noble resuena en el corazon; toda idea luminosa ó sublime vibra en el entendimiento. «He visto un principe, dice Voltaire, perdonar una injuria despues de una representacion de *la Clemencia de Augusto*.» Esta es la sana impresion del momento. De ella quedan siempre huellas en el alma.

El espectáculo moral de la sociedad no es edificante; ¿pero es motivo para retratar lo malo que hay en ella con seductores y risueños colores? Si el teatro no conspire á levantar y acrisolar los sentimientos, y á robustecer la dignidad moral del hombre, pobre y estéril fuera su mision en la esfera del arte. Hacernos comprender y sentir el valor de las prendas elevadas y de los impulsos sanos y generosos; hacernos discernir el mal y el bien con el cuadro de las perfidias mundanas y los sofismas con que el vicio se encubre; y todo ello sin pláticas doctrinales, con la imágen viva del movimiento humano, con ática elegancia y armonía, con las galas de un lenguaje rápido y acendrado, con el estilo sencillo y noble de los afectos verdaderos: esos son los deberes sociales y literarios de los escritores dramáticos dignos de las naciones cultas.

He llegado al término de mi tarea. Dispensadme, señores académicos, que os haya entretenido tan largo espacio con este examen desaliñado de los deberes morales del teatro. Cuadra á la alta competencia crítica de este cuerpo esclarecido protestar contra todo aquello que en las letras es esencialmente malo ante Dios y ante la razon, y evidentemente pernicioso á las costumbres.

Mengua fuera callar al ver crecer sin límite el torrente de los escándalos de la literatura dramática. Es materia en que no podemos equivocarnos. Ciertas verdades morales tienen el privilegio de vivir grabadas en el corazon de los hombres, y de ser tan infalibles como verdades matemáticas. El asunto es además de trascendencia capital, así para las letras como para la sociedad misma. La pureza y la elevacion moral no son solo un deber; son para la especie humana la única gloria y la única ventura.

## Sucesos de España.

Los talleres nacionales de Madrid. —  
Ceremonia fúnebre en honor de los  
fusilados políticos de 1866.

La revolución española entra en un nuevo período: á las violentas agitaciones, á la efervescencia de los primeros días, á la embriaguez del triunfo ha sucedido una calma relativa, y ahora se encuentran frente á frente con la necesidad de fundar un edificio regular sobre las ruinas del que ha caído. Desde luego ha sido preciso hallar ocupación para los miles de hombres del pueblo, que en los primeros momentos corrieron á tomar las armas; una vez restablecida la tranquilidad, todos se encontraron sin trabajo y sin salario, y como su holganza habría podido convertirse en una causa grave de desórdenes, se ha presentado en Madrid una situación idéntica á la que se produjo en París después de la revolución de febrero de 1848, y como entonces, se ha acudido al expediente de improvisar talleres nacionales.

Nuestro grabado representa el que funciona en los terrenos de la puerta de San Vicente, monumento construido en 1775 bajo el reinado de Carlos III, que se encuentra situado á la entrada de Madrid, dando frente á la estación del ferro-carril del Norte.

No lejos de este punto está la cuesta del Príncipe Pio, en cuya altura construyó O'Donnell un magnífico cuartel para la infantería. En este cuartel entró Serrano en 1866, cuando se sublevó una parte del ejército, y consiguió determinar á las tropas á que le siguieran para marchar contra los revoltosos. Se recordará que á consecuencia de esta malograda tentativa, fueron presos y fusilados varios sargentos de artillería, acusados de haber provocado el alzamiento.

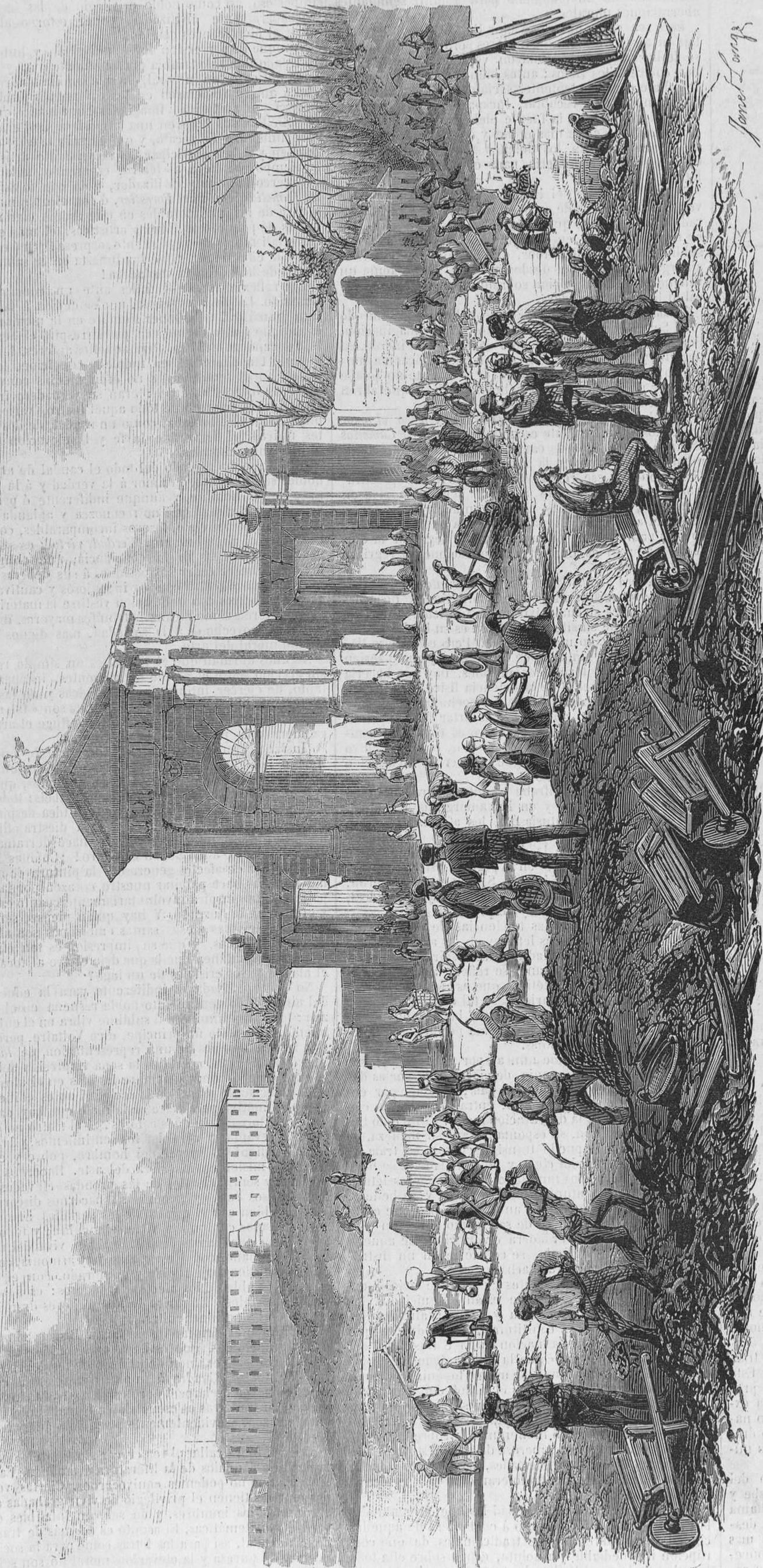
La revolución triunfante ha querido rendir un homenaje á la memoria de los que murieron por su causa, y el 2 de noviembre tuvo lugar una imponente ceremonia fúnebre en honor de los mártires del 23 de junio de 1866.

A eso de la una de la tarde principiaron á reunirse en la plaza Mayor los sargentos y varios paisanos liberales; con objeto de cumplir la visita acordada á las tumbas donde yacen los restos de las víctimas de la libertad. Inmediatamente una comisión de estos se dirigió á casa del general Pierrad, á fin de acompañarle á la plaza Mayor. A las dos en punto se puso en marcha la comitiva, presidida por dicho general, el presbítero don Enrique Romero y don Ricardo Lopez y otros, seguida por la banda de música del cuerpo de ingenieros y una comisión de los voluntarios que llevaban tres grandes banderas, de las que pendían ricas coronas funerarias.

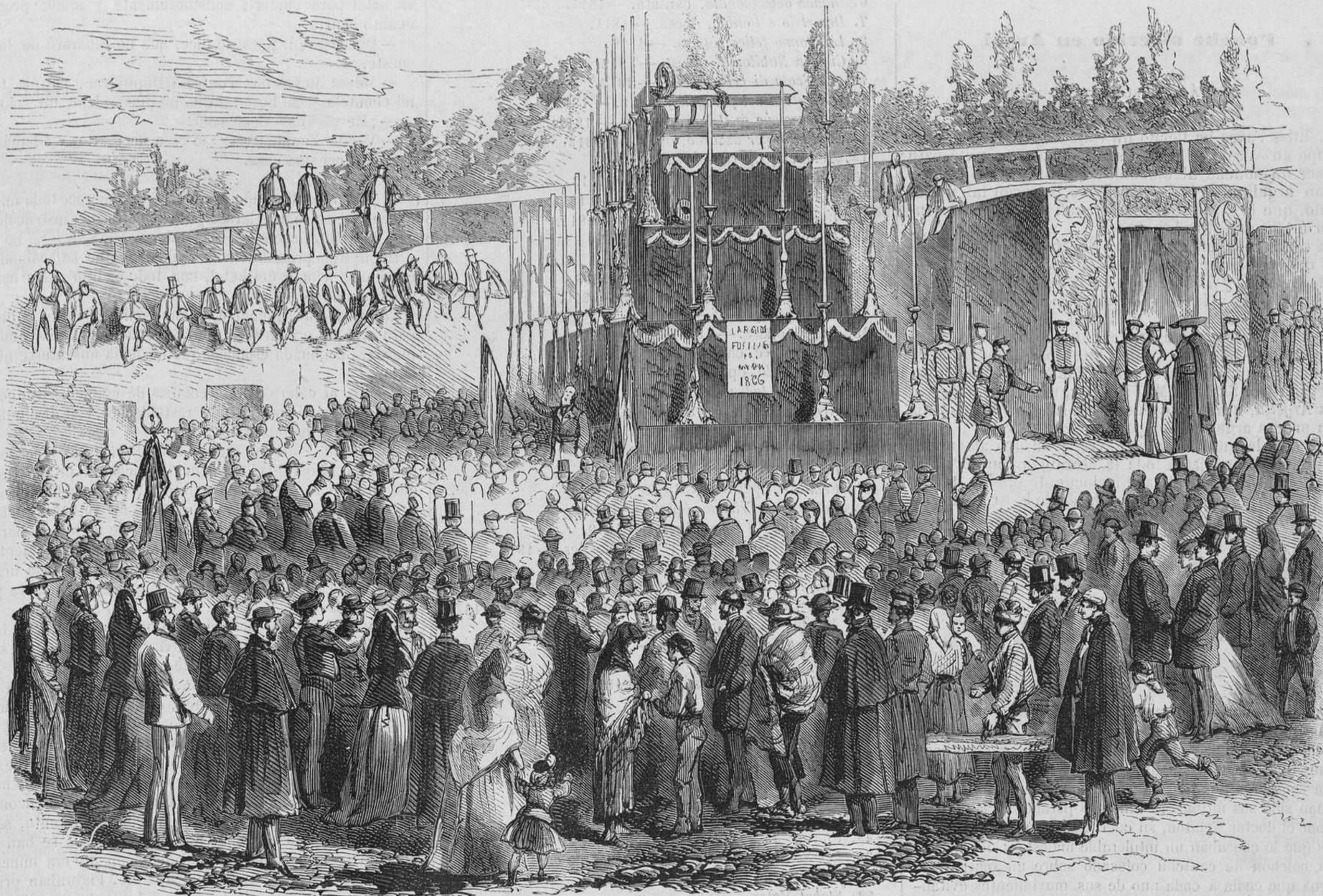
Esta procesion se dirigió por las calles del Siete de Julio, Mayor, Montero y Fuencarral, al campo Santo general de la puerta de Santa Bárbara. Una vez allí, y delante de las sepulturas de los referidos mártires de la libertad, que estaban preciosamente colgadas y alumbradas, se pronunciaron algunos discursos por el presbítero Romero, don Joaquin Besante y otros.

Después, y en el mismo orden, la comitiva se dirigió hácia la Castellana, donde tuvo lugar la ejecución del capitán Espinosa.

P. P.



SUCESOS DE ESPAÑA. — Los talleres nacionales de la puerta de San Vicente.



Sucesos de España. — Madrid. — Ceremonia fúnebre en memoria de los condenados políticos fusilados en 1866.



ARGEL. — Ponche ofrecido á M. Jules Favre en el teatro Malakoff.

## Ponche ofrecido en Argel

Á M. JULES FAVRE.

M. Jules Favre ha hecho un viaje á Argelia, y apenas se supo en Argel su llegada, se organizó un comité para ofrecer un ponche al elocuente defensor de la colonización argelina, y las suscripciones tomaron tal incremento, que la sala del teatro Malakoff apenas podía contener á la muchedumbre.

La reunion se efectuó el 24 de octubre. Dos miembros del comité fueron á buscar á M. Jules Favre al hotel de Oriente, y á su entrada en la sala, resonaron por todas partes los aplausos mas simpáticos, en tanto que la orquesta tocó el himno de Riego.

M. Bertholon, presidente del comité, usó de la palabra y brindó al gran orador que constantemente ha sostenido la causa de la Argelia en la tribuna del Cuerpo legislativo. Siguióle M. Thuillier, redactor del *Correo de la Argelia*, quien dió gracias por su parte al defensor de la prensa argelina independiente.

Luego se levantó M. Jules Favre, y en una alocucion arrebatadora, hechizó á toda la asamblea con su palabra armoniosa y patriótica. El elocuente orador defendió en su discurso todos los intereses de la Argelia, que para él son inseparables de los de la Francia.

H. V.

## Revista de Paris.

El mundo musical acaba de perder una de sus grandes glorias. Rossini ha muerto en la noche del 13 de noviembre, á la edad de setenta y siete años, y aunque previsto hacia algunos dias, su fallecimiento ha causado en Paris una inmensa sensacion que tendrá eco en todo el universo. Terribles han sido sus últimos instantes. Operado hace algunos dias por el doctor Nelaton, su cuerpo comenzó á cubrirse de llagas que le causaban un intolerable malestar; descansaba en un colchon de cauchú colocado sobre un receptáculo de agua que cedia á cada uno de sus movimientos evitándole así todo esfuerzo. Por último, una erisipela completó la obra de destruccion y puso fin á las torturas contra las cuales eran impotentes todos los recursos de la ciencia.

Rossini ha dejado de existir en su casa de Passy, á las puertas del bosque de Boulogne, donde pasaba todos los veranos. El maestro vivia retirado del mundo, pero no en la soledad y la tristeza. Muy al contrario, tenia un numeroso círculo de amigos que no le abandonaban jamás, lo mismo en su retiro veraniego que en su domicilio parisiense. No habia artista célebre que no tuviera á honra hacerse oír en sus reuniones semanales del invierno, y muy á menudo recibia visitas de altos personajes deseosos de tributar homenaje al ilustre autor de tantas obras maestras.

Aun no conocemos su testamento; mas sin embargo, se habla ya de sus últimas voluntades y se citan las dos cláusulas siguientes:

La primera es que Rossini agradecido á la hospitalidad que ha encontrado en Francia, quiere ser enterrado en el P. Lachaise: la diputacion que ha venido de Pesaro á reclamar su cadáver habrá pues viajado vanamente.

La segunda disposicion es relativa á un legado hecho en favor del Instituto de Francia para crear dos premios de 3,000 francos cada uno, destinados anualmente al poeta autor del mejor libretto de ópera, y al compositor que haya dado á luz la mejor partitura, con tal de que este sea un *melodista*. Parece ser que salvo este legado, cuyo capital podrá importar sobre veinte y cinco mil pesos, la fortuna del maestro será para su señora, con la condicion de que á la muerte de esta, sirva para fundar un Conservatorio en Pesaro. Finalmente, se añade que la fortuna de Rossini asciende á unos 150,000 francos de renta.

En cuanto al funeral será ostentoso, aunque el difunto solo ha dejado 2,000 francos para su entierro. Los principales cantantes y ejecutantes de Paris tomarán parte en esta solemnidad que se celebrará en la iglesia de la Trinidad el sábado próximo. Ya daremos cuenta á nuestros lectores de esta gran ceremonia.

Hace muchos años que Rossini, como es sabido y deplorado en todo el mundo, no daba nada al teatro; pero sin embargo, los que vivian en su intimidad aseguran que trabajaba siempre, y quizás ahora vamos á conocer el fruto de este trabajo asiduo. Por lo demás, su fecundidad le daba derecho al descanso. Uno de los escritores parisienses que se ocupan en la actualidad de hacer la biografia de Rossini, el popular Timoteo Trim, ha dado una lista cronológica de las composiciones musicales del difunto autor, que trasladamos á continuacion, porque ella sola dice en favor del ilustre finado mas que todos los panegíricos.

Hé aqui esta lista:

1. *Il Pianto d'Armonia*, cantata. — 1808
2. Sinfonía á grande orquesta. — 1809.
3. Cuarteto para dos violines — 1809.
4. *La Cambiale di matrimonio*, ópera. — 1810.
5. *L'Equívoco stravagante*, ópera. — 1811.

6. *Didone abbandonata*, cantata. — 1811.
7. *Demetrio e Polibio*, ópera. — 1811.
8. *L'Inganno felice*, ópera. — 1812.
9. *Ciro in Babilonia*, ópera. — 1812.
10. *La Scala di ceta*, ópera. — 1812.
11. *La Pietra del paragone*, ópera. — 1812.
12. *L'Occasione fa il ladro*, ópera. — 1812.
13. *Il Figlio per azzardo*, ópera. — 1813.
14. *Tancredi*, ópera. — 1813.
15. *L'Italiana in Algeri*, ópera. — 1813.
16. *L'Aureliano in Palmira*, ópera. — 1814.
17. *Egle e Irene*, cantata inédita. — 1814.
18. *Il Turco in Italia*, ópera. — 1814.
19. *Elisabetta*, ópera. — 1815.
20. *Torvaldo e Dorliska*, ópera. — 1816.
21. *Il Barbiere di Siviglia*, ópera. — 1816.
22. *La Gazette*, ópera. — 1816.
23. *Otello*, ópera. — 1816.
24. *Teti e Peleo*, cantata. — 1816.
25. *Generentola*, ópera. — 1817.
26. *La Gazza ladra*, ópera. — 1817.
27. *Armide*, ópera. — 1817.
28. *Adelaide di Borgogna*, ópera. — 1818.
29. *Mosé*, ópera. — 1818.
30. *Ricciardo e Zoráide*, ópera. — 1818.
31. *Ermione*, ópera. — 1819.
32. *Eduardo y Cristina*, ópera. — 1819.
33. *La Donna del Lago*, ópera. — 1819.
34. Cantata en honor del rey de Nápoles. — 1819.
35. *Bianca e Faliero*, ópera. — 1820.
36. *Maometto II*, ópera. — 1820.
37. Cantata en honor del emperador de Austria. — 1820.
38. *Matilde di Sabran*, ópera. — 1821.
39. *La Riconoscenza*, cantata. — 1821.
40. *Zelmira*, ópera. — 1822.
41. *Il Vero omaggio*, cantata. — 1822.
42. *Semiramide*, ópera. — 1823.
43. *Sigismundo*, ópera. — 1823.
44. *Il Viaggio a Reims*, ópera. — 1825.
45. *El Sitio de Corinto*, ópera. — 1826.
46. *Moisés*, ópera. — 1827.
47. *El Conde Ory*, ópera. — 1828.
48. *Guillermo Tell*, ópera. — 1829.
49. Una misa. — 1832.
50. *Les Soirées musicales*, doce piezas de canto. — 1840.
51. Cuatro arietas italianas. — 1841.
52. *Stabat Mater*. — 1842.
53. *Fe, Esperanza y Caridad*, tres coros. — 1843.
54. *Roberto Bruce*, ópera. — 1846.
55. Himno á Pio IX. — 1847.
56. Cantata para la Exposicion universal. — 1867.
57. Misa para las exequias de M. Pillet-Will.

Al mismo tiempo que bajaba al sepulcro el rey de los compositores, otro soberano tambien, el rey de los capitalistas, exhalaba igualmente el último suspiro. Sí, el baron de Rothschild, jefe de la célebre casa de este nombre, ha seguido á la tumba á Rossini.

El baron de Rothschild, independientemente de su situacion financiera, que le daba en Paris una consideracion excepcional, era simpático en el mundo de las artes, y mas de un artista le pagaba con un agradecimiento eterno su eficaz proteccion en circunstancias difíciles.

Luego era lo que se llama un hombre de sociedad: complaciase en recibir en su casa personas notables, y no carecia de ese *esprit* que es tan apreciado en los salones. Su magnificencia no era ofensiva, como la de tantos advenedizos.

Una cosa le contrariaba singularmente, y era que todo cuanto necesitaba ó se le antojaba, porque era Rothschild, lo habia de pagar mas caro. Sobre este punto no transigia, y á veces ha pleiteado por sumas insignificantes, cuando se creia víctima de un abuso de este género. Se citan de él rasgos característicos.

Una señora de la sociedad mas aristocrática estando encargada una vez de formar una suscripcion para una obra filantrópica, le envia la cartita de costumbre, reclamando su ofrenda.

Nada mas natural: el baron de Rothschild contesta con un billete de cien francos.

Ahora bien, la misma señora habia dirigido la misma esquelita á su hijo primogénito, M. Alfonso de Rothschild, quien habia respondido mandando doscientos francos.

— ¡Magnífico! exclamó la dama, tengo aquí un argumento irresistible.

Y encaminándose á casa del banquero, le pide que aumente la suma, por la razon de que no ha de ser él menos que su hijo.

— Pues, si señora, responde Rothschild; ha de saber usted que mi hijo tiene un padre muy rico, y yo no puedo decir otro tanto.

El dicho es agudo. Apresurémonos á añadir que no debió ser inspirado por la avaricia, pues en muchas ocasiones Rothschild no esperaba los avisos de nadie para hacer obras caritativas.

En tiempo de la Restauracion y cuando era todavía un elegante jóven, se cayó del caballo en los Campos Eliseos. El golpe fué terrible; habia pegado contra un árbol y su cabeza era toda una llaga.

Llamado á toda prisa M. Dupuytren, el cirujano mas afamado de aquella época, le hizo la primera cura, y terminada la operacion, Rothschild le suplica que se instale en

su hotel para cuidarle constantemente y acudir pronto á cuanto ocurra.

— Quédese Vd. pues, le dice, que no repararé en lo que cueste.

— Me es imposible, contesta Dupuytren, porque tengo mi clientela y mi hospital que no puedo dejar un solo dia.

— ¡Me va Vd. á dejar solo!

— Vendré cuantas veces lo crea necesario, y además podemos hacer una cosa.

— Diga usted.

— Tengo un discípulo predilecto que merece toda mi confianza, y este se instalará aquí y recibirá mis instrucciones.

— Corriente, acepto el discípulo.

Dupuytren presenta á su ayudante, que se acomoda en unas habitaciones del hotel, con todo el lujo y las conveniencias de la casa.

La mesa era espléndida, y habia en ella varios cubiertos para que el practicante pudiese convidar á sus amigos; pues era condicion esencial que no debia ausentarse ni una hora.

Por fin, al cabo de tres semanas de cuidados asiduos, el baron estaba completamente restablecido y el discípulo de Dupuytren se hallaba libre.

Rothschild le dió las gracias con el tono mas afectuoso y le entregó la cantidad de 2,000 francos, al propio tiempo que enviaba 10,000 á Dupuytren; pero el célebre cirujano respondió diciendo que habia recibido los 10,000 francos en cuestion que habia tenido la bondad de mandar para su practicante, á quien los habia entregado inmediatamente, y añadia que en cuanto á sus honorarios no era cosa urgente, de modo que el señor baron tenia tiempo de sobra para satisfacerlos.

Rothschild no tuvo mas remedio que comprender la terrible indirecta y se apresuró á enviar á Dupuytren la suma de 100,000 francos, por saldo de cuentas.

Tal era el hombre, dice M. A. Dubois, que recuerda esta anécdota muy conocida en Paris, en la biografia que acaba de publicar del célebre banquero.

Los funerales de Rothschild tuvieron lugar el miércoles de esta semana, con una afluencia de gente considerable. Sin embargo, la poblacion de Paris que habia salido á los bulevares á presenciar el desfile del cortejo creyendo encontrar un fausto correspondiente á la condicion del difunto, se ha llevado un chasco solemne: pues las exequias se han distinguido por su sencillez. El acompañamiento era inmenso, pero nada de ostentacion ni de aparato. Figuraban primeramente en la ceremonia los hijos del difunto, que llevaban el duelo; el Rothschild de Viena, el de Francfort, el de Nápoles y el de Londres, y luego seguia la comitiva compuesta de los innumerables amigos del difunto, de los convidados, los empleados de la casa, los del ferro-carril del Norte, etc.; el carro fúnebre era muy sencillo y no llevaba mas de dos caballos.

El cortejo se dirigió al cementerio israelita situado al Este del P. Lachaise, y depositado el féretro en el umbral de la puerta, M. Zadoc-Cohen, Gran rabino de Paris, y M. Alberto Cohn, presidente del comité de beneficencia, tomaron la palabra y pronunciaron discursos que conmovieron á la asamblea.

De la alocucion de este último traducimos los párrafos siguientes:

«Nacido en una casita de la calle de los Judíos en Francfort, y conducido hoy al sepulcro en medio de una muchedumbre tan compacta como respetuosa de Paris, de esa ciudad en la que ha vivido, trabajado y sido útil por espacio de cerca de sesenta años, Jacob, hijo de Mayer Rothschild, era profundamente creyente y sinceramente humano, y en el seno de la mayor prosperidad como en las pruebas á que la Providencia quiso someterle, no cesaba de repetir las palabras de nuestro padre Jacob: «¡En tu socorro espero, oh Eterno!» Y esta piedad no menos inteligente que ilustrada, la debia á la educacion religiosa de la casa paterna y á la experiencia de una vida agitada hasta lo sumo.

» Por eso su religion tenia la marca de una verdadera humanidad. Me complazco en citar aquí tus propias palabras, querido hermano: cuando hace cinco años consagraste en la rica morada que Dios te ha permitido construir, una casa de oracion á tu Dios, á nuestro Dios, inauguraste tu oratorio con estas palabras del Código sagrado: «Que tu hermano pueda vivir junto á tí.» En los negocios mas importantes de su casa, queria que su hermano pudiese vivir junto á él; rico como pobre, judío como cristiano, el que no le necesitaba como el que se veia en la precision de recurrir á su auxilio... y sobre todo en este último, pensaba mas para hacerle la vida cómoda y fácil.

» Enemigo de toda exageracion, de todo énfasis, no sabia guardar rencor á nadie. James de Rothschild era la sensatez y la buena fe personificadas: la sensatez para apreciar á los hombres y las cosas en su justo valor, la buena fe para ejecutar los compromisos que habia contraído, las transacciones en que habia entrado. Así su fama seria una pesada carga para vosotros, queridos amigos, si no debiese ser al mismo tiempo el apoyo mas sólido, el mas firme sostén de vuestra vida.»

M. Alberto Cohn termina con un adios supremo en nombre de todas las desgracias que Rothschild ha socorrido, en nombre de los establecimientos filantrópicos que ha fundado; en nombre de lo que ha hecho en Paris, en Jerusalem y en todas partes donde apelaron á su mano siempre abierta.

Nuestros lectores desearán sin duda conocer cuál es la fortuna que ha dejado el baron de Rothschild, el hombre

que á su llegada á Paris apenas poseia un millon de francos. Nada mas natural por cierto: veamos pues si merecia su fama de ser el hombre rico por excelencia.

Calcúlase que Rothschild ha legado á sus herederos la cantidad de dos mil millones de francos, millon mas ó menos.

El difunto poseia una infinidad de casas en Paris y en otras ciudades de las primeras de Europa, sobre todo en Italia; pero la parte principal de su fortuna parece está empleada en valores moviliarios de primer orden.

No hemos concluido aun con la necrologia de la semana.

Mientras en Paris se celebraban las exequias de Rothschild y se están preparando las de Rossini, la prensa francesa, que acaba de perder á uno de sus principales representantes en la persona de M. Havin, diputado y director del *Siècle*, nombraba una comision para asistir al funeral de este hombre político, que tenia efecto en Thorigny-sur-Vire, donde ha ocurrido su fallecimiento.

L. J. Havin, nacido en 1799, ha estado mezclado desde su juventud en los asuntos políticos de su pais, y siempre ha figurado en las filas de los hombres mas avanzados en ideas. Así es que la prensa liberal se apresuró á pagar este postrer tributo á su memoria.

Concluamos aquí, pues las noticias teatrales serian inoportunas á continuacion de estos detalles fúnebres.

MARIANO URRABIETA.

### Alonso de Armenta.

Este poeta, que á principios del siglo XVI vivia en Loja, de donde era natural, es poco conocido. Entre las poesias que de él nos quedan no hay una, á lo menos bajo su propio nombre, que no tenga por objeto el desden y desamor de los hombres, y el requestrar y requerir de las mujeres, á los mas humildes, como pastores y labriegos. Asunto raro y singular seguramente, pero del que se ocuparon algunos poetas españoles de aquel tiempo. Y esto no es por cierto desconocer el corazon humano, porque sin negar la vergüenza natural en las mujeres, y que prefieran siempre el ser requeridas al tener que requerir, todavia se ven ejemplos de esto último, y mucho mas cuando se supone en el rogado mucho desprecio de sí mismo, humildad, silencio y recato, y conocimiento de su inferioridad. Entonces parece que una mujer se halla mas dispuesta á rogar al hombre de estas cualidades, que por las mismas ó por otras las interesa: porque en ello no ve tanto riesgo para su reputacion. Añádase á esto el género de vida que guardaban las mujeres españolas del siglo XVI. El recato, el recogimiento y reclusion, el misterio perpétuo en que se hallaban envueltas; lo imposible y peligroso que las era el entregarse á las sollicitaciones de personas convenientes, el desden y la dureza que debian manifestar en la sociedad que se las permitia; y dígame despues si no era muy natural que una mujer jóven, ardiente, llena de pasion y de vida, y que solo podia hablar (sin riesgo de ser notada y de que otros maliciasen) con rústicos y pastores, manifestase á estos sentimientos que sabia muy bien no la manifestaran ellos, aunque tal sintiesen, por la distancia inmensa de su condicion.

Añádase tambien la impresion causada por las formas bellas y robustas que debian presentar á los ojos de mujeres de tales costumbres, de tales años y de tal siglo, hombres criados en la sana vida del campo, vestidos mas ligeramente que los caballeros é hidalgos de aquel siglo aparatoso, y descuidando por su misma sencillez el demasiado recato; y consideradas todas estas cosas, se verá la posibilidad de ese requerir y requestrar de las mujeres, y del miedo y mesura de los requeridos: y no chocarán entonces versos semejantes á estos de Alonso de Armenta:

— Oyes, Gil, ¿quieres saber  
Lo que me aconteció ayer?  
— Dilo ya, que ya escucho,  
Y no te detengas mucho:  
Mas nunca tú, fuerte ducho,  
Tardas mucho en responder.  
— Que la hija de nuestrama,  
A la he, ella me llama,  
Y bajó como una gama  
Para herme detener.  
Trata uncs copetones  
Hechos d' unos guedejones,  
Y encima unos redejones  
Con que me pensó prender.  
Colgaban de las toquillas  
Un monton de cencerrillas,  
Segun eran amarillas  
De oro debian ser.  
Relumbrábale el pejejo.  
De la fuente como espejo,  
Que á tiro largo de tejo  
Te pudieras en él ver.  
E tenia la cejita  
Delgadita, delgadita,  
Como luna muy chiquita

Cuando mal se deja ver.  
E por mil agujeritos  
De las mangas y manguitos  
Salen tantos mangajitos  
Qu' es en hástio de los ver.  
Y en viendo sus embarazos  
Pensé traia en los brazos  
Muchas roscas de hornazos  
Que por Pascua sole haber.  
E traia pegadizas  
A las sayas revoltizas  
Unas como longanizas:  
No sé si eran de comer.  
¡Si vieras, pues, el calzado,  
Todo d' oro rechapado!...  
No tienen otro cuidado,  
¿Qué diabros han de her?  
— Pues, en fin, ¿qué te decia?  
— Decia que si queria,  
Ella me perdonaria  
Lo hecho y lo por hacer.  
— E tú ¿qué la habias hecho?

Y dejados aquí algunos versos que no es dable citar por lo que en ellos se relata, véanse los que explican el miedo razonable del pastor para propasarse:

— No soy yo de los bobitos  
Que se pagan de coquitos:  
Quizá que ella diera gritos  
Y hubiera bien que roer.  
Do al diablo sus hulagos:  
Que tien unos mozos malos  
Que me cargaran de palos  
Hasta mas no poder.  
Donde á poco la vellaca  
¡Oh qué pernejosa saca!  
Mas gruesa que de una vaca,  
Mas yo no la quise ver.  
— Mia fe, Juan, dende no pases:  
Quería que la rogases,  
y que despues...

Sensible es que la decencia, ó mejor el recato que exige un periódico, impidan el acotar íntegras estas composiciones. Pero con esa muestra hay bastante para descubrir que esos cantares, trovas y coplas de nuestros antiguos poetas, encierran mucha poesia, no premiosa y exprimida á fuerza de alambique, sino inafectada, natural, sacada del original inagotable de las humanas pasiones, y de la observacion de la naturaleza.

Del mismo Alonso de Armenta hay una glosa al villancico:

Llamábalo la doncella,  
Dijo el vil:  
Al ganado tengo de ir —  
que empieza así:  
«Lámalo de una ventana,  
Dícele: pastor, espera,»

en la que responde siempre el rústico con el último verso del villancico, y un refran ó expresion proverbial antepuesta. La composicion toda consta de mas de cuatrocientos versos, que por la brevedad no citamos.

L. C.

### Venganza irlandesa.

LEYENDA FANTÁSTICA.

Trascurría el otoño en 1798.

Mas de la mitad del condado de Wexfort habíase levantado valerosamente para sacudir el yugo de la dominadora Inglaterra, pero tras una corta y vigorosa lucha, la fuerza venció á la justicia, y aquella parte de la desgraciada Irlanda volvió á verse bajo el poder de la soberbia Albion.

Al objeto de contener al pueblo y al propio tiempo descubrir los instigadores del alzamiento, para hacer con ellos un ejemplar castigo, fué ocupado todo el condado por cuerpos de tropas inglesas, que iban con poderes para proceder arbitraria y vigorosamente contra todo irlandés.

Hacia algun tiempo que se hallaba establecido un destacamento en la pequeña *Isla de la Virgen*, cuando durante la mañana del 13 de diciembre, el oficial de guardia vió entrar apresuradamente en su habitacion á uno de los sargentos.

— ¿Y bien Denys, le preguntó, qué hay de nuevo?

— Ha caido en nuestro poder Patrik O'Darcy; tengo sobre las armas una partida del destacamento, y si me lo permitís, con cuatro balazos nos le quitaremos de delante.

— ¿Tenemos la ley á nuestro favor?

— Con vuestro permiso; yo creo siempre justo el deshacerse de un papista rebelde. Por otra parte, Pa-

trik, á pesar de la órden que se le dió, toda la noche ha permanecido fuera de su casa.

— ¿Se sabe dónde y en qué asuntos la ha pasado?

— Dícese, respondió el sargento, que ha permanecido en casa de su hermano llegado desde ayer á Wexfort. Esto no está bien probado, pero es positivo que el tal O'Darcy huele á canalla desde una legua. Mi teniente, ¿debo hacerle despachar?

— A la verdad, ya que él mismo se ha cogido en sus redes, creo que será un bien cortar el pico á ese aguilucho.

— Basta, mi teniente. Diciendo esto volvió la espalda y salió precipitadamente aquel hombre, verdadero tipo de la soldadesca.

Así que el oficial se quedó solo, empezó á reflexionar que habia condenado á muerte con demasiada ligereza á un hombre que tal vez era inocente: en seguida levantándose súbitamente, corrió para hacer suspender la ejecucion, pero no bien habia andado quince pasos, cuando una descarga de mosquetería le advirtió que era ya demasiado tarde.

Llegado al lugar del suplicio, vió que su víctima era un jóven de bellísimas formas, de interesante fisonomía, y cubierto del paño burdo que visten los pobres irlandeses. Despues de observarle por algunos momentos, se retiró con el arrepentimiento en el corazon y el remordimiento en el alma.

Hallábase presente al terrible espectáculo el hermano de Patrik O'Darcy. Apenas vió consumado el sacrificio, infiltrado el corazon del veneno de la venganza, dirigióse precipitadamente á la habitacion de la infeliz viuda de su hermano. No bien hubo llegado, cuando se oyó llamar con impaciencia á la puerta de aquella pobre morada.

— Es nuestro párroco, dijo uno de los huerfanitos que habia ido á abrir.

Al entrar el buen sacerdote en la cabaña, encontró al hermano de Patrik ocupado en limpiar y poner corriente una pistola vieja. Los dos hijos mayores del difunto fundian el plomo para proveer á su tío de las municiones necesarias, y la desventurada viuda hallábase sentada, en un rincón del hogar, observando atentamente con enjutos ojos los preparativos de venganza.

— ¡Con que, vos quereis cometer un asesinato! dijo con severa voz el recién llegado, dirigiéndose al hermano de Patrik.

— Los infames me han robado á sangre fria un hermano; á estos niños un padre; á aquella mujer un esposo tierno como el mismo amor, y el marido, el padre y el hermano era un súbdito pacífico y sumiso; un católico inocente: respondió el marinero continuando en restregar el arma homicida.

— ¡Y qué! añadió el eclesiástico, ¿con que crees digno un bajo sentimiento de venganza, en el corazon de un cristiano! ¿No te prohíbe Dios mancharte las manos con sangre de tus semejantes? A él toca castigar al culpable. El remordimiento en esta vida y la eterna condenacion en la otra: hé ahí el arma con que la justicia divina castiga al delincuente.

Conmovido el jóven por las santas palabras de su pastor, suspendió el trabajo que habia empezado. Despues de un breve momento de reflexion, deponiendo el arma y demás objetos, dijo con tranquila voz al eclesiástico.

— A la verdad, padre, conozco que teneis razon. En su propia conciencia está el instrumento que debe vengarme y en vuestra presencia prometo á Dios que ninguno de nosotros levantará el brazo sobre el asesino de Patrik O'Darcy.

Durante la noche de aquel dia, mientras que la voz del remordimiento echaba en cara al oficial su injusta sentencia, precipitose en su gabinete el sargento Denys con el cabello erizado y le entregó una carta con sello negro; el papel contenia estas palabras:

«En 13 de diciembre de 1798, ha muerto Patrik O'Darcy. En 13 de diciembre de 1799, morirá el teniente O'Gunnel. ¡Faltan doce meses!»

El escrito iba firmado con una cifra que carecia de significacion.

— ¿Quién os ha entregado esta carta? preguntó el oficial.

— Patrik O'Darcy, contestó con voz alterada el sargento.

— ¿Patrik O'Darcy! ¿Estais loco? ¿No ha sido fusilado esta mañana?

— Mi teniente: yo estaba presente á su ejecucion, y con estos ojos vi echar en el lago su cadáver; pero aun cuando debieran ser estas las últimas palabras que me saliesen de la boca, debo aseguráros que el dador de la carta fué el muerto.

A pesar de que O'Gunnel no era nada supersticioso, no obstante, el misterio de aquella singular misiva, no dejaba de hacerle alguna impresion.

Despues de estas escenas iban trascurriendo los dias, y con su rápido paso perdía el oficial el recuerdo de lo acontecido.

No bien hubo trascurrido medio mes, cuando fué trasladado á Dublin para asuntos del servicio y durante la mañana del 13 de enero de 1799, la posadera de la casa donde vivia entró en su aposento y le presentó una carta, diciéndole que se la habia entregado un irlandés de elevada estatura. Tenia un sello negro como la primera, y contenia las mismas palabras, excepto el número de meses que se habia reducido á once.

(Se continuará.)

La restauracion del Palacio de Justicia en Paris.

El Palacio de Justicia, desierto durante tanto tiempo, acaba de poblarse nuevamente; sus puertas se han abierto de par en par á fin de recibir á sus huéspedes, y se ha engalanado para festejarles. Todo brilla y reluce en el majestuoso edificio, y parece que hasta los magistrados respiran no sé qué aire de benevolencia inusitada y de beatitud profunda. Es el reflejo de las vacaciones, es el recuerdo de los placeres campestres ó del reposo á que se han abandonado por espacio de algunas semanas. Pero ¡ay! todo esto se acabó, y ahora es preciso volver al trabajo constante, á la tarea cotidiana hasta las vacaciones de 1869.

Entre tanto que los hombres recorran en el Palacio de Justicia su fisonomía de costumbre, el aspecto del edificio ha cambiado: las tablas que ocultaban á la vista las nuevas salas del tribunal de Assises han caído, y desde hace unos cuantos dias se puede juzgar la obra de los arquitectos. Si no nos engañamos, esta es la primera vez que el público ha sido llamado á manifestar su opinion en el asunto. ¿Se principiará ya en Paris á contar para alguna cosa con la opinion pública? Sea como quiera, lo cierto es que las puertas se han abierto, y que las salas con todas sus dependencias han sido entregadas al exámen de la muchedumbre. Inútil es decir que más de un ateniense ha dicho que el monumento carece de dignidad, de estilo y de grandeza. Por nuestra parte, nos apresuramos á confesar lisa y llanamente que hemos admirado la arquitectura de M. Duc, que á nuestro juicio, es á la par sencilla é imponente, y sobre todo se halla muy en armonía con el destino particular del monumento.



Entrada del tribunal de Assises.



Reconstruccion del Palacio de Justicia. — La nueva Sala de los Pasos Perdidos.

Sin embargo, diremos tambien que hay partes que á todos admiran, como por ejemplo, la sala de los Pasos Perdidos, á la que conduce la galería Mercière, sala espaciosa y grande, como conviene á la antesala del tribunal de Assises. En los dias de causas célebres, no todo el palacio se verá invadido, como en otro tiempo, por la multitud, y los trabajos de las demás salas no serán ya turbados por los gritos, las disputas y el movimiento de los espectadores impacientes. La escalera es soberbia, ancha, fácil, de un aspecto monumental: es la escalera del templo en donde la Nacion hace Justicia. Una estatua domina el fronton y recuerda á los que entran, simples ciudadanos, testigos, magistrados ó jurados, que ahí está la ley vigilando por todos, despues de haber confiado á todos la defensa. Mas allá y mas cerca de la tierra, está la figura de la Justicia que aplica la ley, la ejecuta, y á veces templa sus rigores.

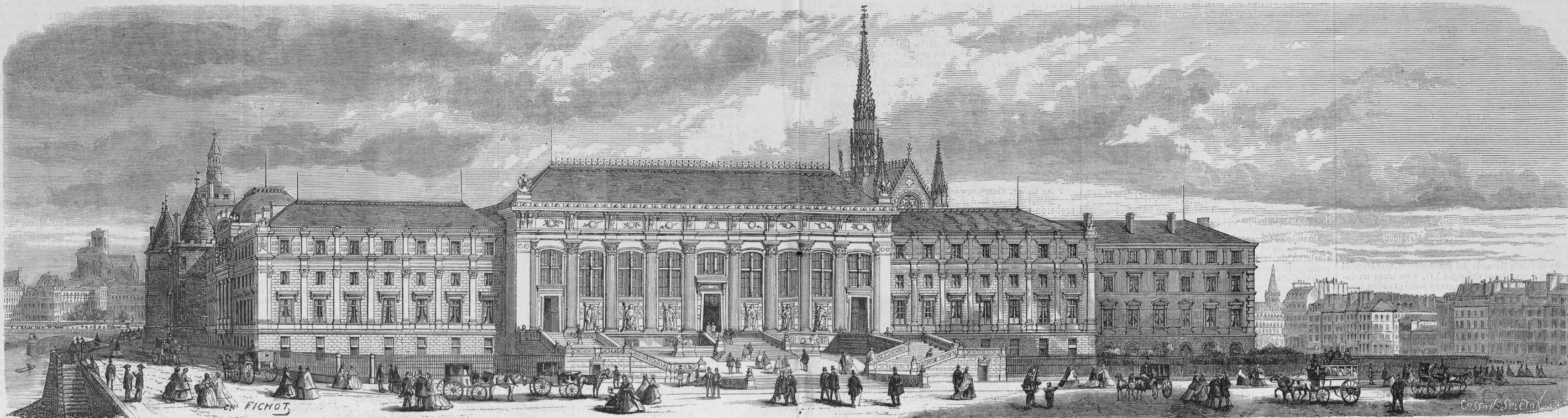


Escalera que conduce á la Sala de los Pasos Perdidos del tribunal de Assises.

En lo alto de la escalera dividida en dos ramales, hay una sala á cada lado para el tribunal de Assises. ¿Por qué dos salas? Esto es incomprensible, pues salvo raras excepciones, la sala única que desde hace tantos años ha servido para este tribunal, ha sido suficiente. ¿Acaso se prevé algun cataclismo próximo, y como un diluvio de crímenes?

Cuando se entra en estas nuevas salas, que aunque bastante angostas son muy largas, y en suma espaciosas, lo primero que llama la atención es la pequenez del puesto reservado al público. En el fondo de la sala tiene el público un reducidísimo espacio donde seguramente no caben de pié doscientas personas. Es una falta que no debe achacarse al arquitecto, sino á aquellos que le han dado órdenes. ¿Se ha querido disminuir el número de espectadores contra el principio de la ley francesa que llama la publicidad, que la exige? ¡Triste y malhadada tendencia!

Tambien debe criticarse la profusion de adornos, pues con efecto, no se descubre mas que oro; hasta el crucifijo tiene un fondo dorado. Semejante riqueza



Nueva fachada occidental del Palacio de Justicia.

za de ornato no está bien en una sala donde la justicia criminal da sus fallos. ¿Acaso la Justicia, sobre todo la que tiene derecho de vida ó de muerte, no exige mas sencillez y gravedad? Tanto aparato y elegancia perjudica á su grandeza y al respeto que la es debido, así como al terror que inspira.

En cambio hay que reconocer que las disposiciones interiores están perfectamente comprendidas. Cada cual tiene su entrada particular: el procesado comunica por su escalera con la Conserjería; los magistrados tienen una puerta y otra los testigos. Los abogados, mas afortunados que hasta aquí, no se confundirán tampoco ni con el público ni con los testigos, y tienen entrada y salida franca á su conveniencia. El tribunal posee una sala de deliberaciones muy cómoda y que comunica casi directamente con el pretorio. Al lado está la guardropía. El jurado deberá subir al segundo piso; verdad es que en el trayecto habrá tenido tiempo para olvidar el resumen del presidente, lo que es una compensación, y luego en ese segundo piso encontrará todas las comodidades de la vida, cocina y comedor, de cuyo modo no tendrán que enviar á buscar comida fuera, como sucede en el día.

Con los testigos no se han tenido muchas consideraciones: estarán en salas mal alumbradas y guarnecidas para que descansen con bancos de madera. El tribunal, por el contrario, tiene asientos excelentes, mullidos, bien contorneados; mas de un magistrado querrá ser nombrado asésor por el placer de echar un sueño mientras habla y gime M. Lachaud. Los jurados habrán de contentarse con sillas, sin duda porque es preciso conservar las distancias y mantener las tradiciones. Por último, los abogados conservan su banco modesto y humilde, pero del que se envanecen porque le ilustran.

Nada mas abundante que las alegorías previstas ó imprevistas: encima de la sala de deliberaciones, de donde trae el tribunal su sentencia, está la cabeza de Medusa, es decir, el horror y el espanto, y encima de la puerta de los testigos hay una víbora sobre una hoja de laurel, cuyo significado puede ser este: «Hay lenguas infames que hablan mal de los héroes.» Luego aquí y acullá se distinguen cabezas de león, lo que seguramente quiere decir: «La razón del mas fuerte es siempre la que vale.» Finalmente, sobre la cabeza del procesado, y por una ironía del acaso, la palabra *Lex*, cortada en dos por la puerta, parece que está diciendo: «Has infringido la ley, y la ley te guillotina.» Si esto no se llama arquitectura imitativa, venga Dios y véalo.

Señalaremos para concluir otro detalle del ornato: en una de las salas, detrás de los asientos del tribunal, se distinguen dos figuras, la Religión y la Filosofía: ¡la Filosofía al mismo nivel que la Religión! es una honra bastante nueva para ella. Ciertamente es que el arquitecto, sin duda para que se le perdona su osadía, ha puesto la figura de la Religión en plena luz, y ha sepultado en la sombra la de la Filosofía. De todos modos, de hoy mas tiene derecho de ciudadanía en el palacio.

En suma, el nuevo Palacio de Justicia es un hermoso monumento que se distingue por la pureza del gusto y el respeto del estilo. O. R.

## Edad media.

### I.

Dejemos á los troyanos,  
Que sus males no los vimos  
Ni sus glorias:  
Dejemos á los romanos  
Aunque oímos y leímos  
Sus historias:  
No curemos de saber  
Lo de aquel tiempo pasado  
Qué fué de ello:  
Vengamos á lo de ayer,  
Que tambien es olvidado  
Como aquello.

(JORGE MANRIQUE.)

Desde la época llamada del *renacimiento*, que empezó en España á principios del siglo XVI, y en otras naciones á fines del XV, época en que se tomó grande afición á todo lo hecho por los griegos y romanos, habia ido perdiéndose de día en día el espíritu de nacionalismo en la literatura y en las bellas artes. Aquella afición, llevada hasta el extremo en los siglos siguientes, ha sido felizmente desterrada en la literatura por la nueva escuela llamada romántica. A este acontecimiento ha debido naturalmente seguir un cambio notable en aquellas.

En efecto, la juventud europea, que oye con entusiasmo las *entretendidas leyendas* de nuestros mayores, las descripciones de sus *fechos de armas* y su galantería, sus romancescos amores y caballerescos desafíos, sus torneos y justas, sus *juegos de sortija y cañas*, etc., etc., los reproduce en el lienzo, en la biografía y en el grabado, y los esculpe en el bronce y en el mármol del mismo modo que los poetas nos los cantan.

En literatura, los caballeros y damas, los trovadores y peregrinos, las dueñas y donceles, han reemplazado á los *pastorcillos y pastorcillas* que tocaban la *dulce zampoña*, y corrian todo el día tras de las *volubles mariposas de nacaradas alitas*. Y si se habla de estos se pintan cubiertos de harapos y durmiendo á pierna suelta, como los vemos, cuando en este *siglo de hierro* viajamos por las naciones modernas, no tan afortunadas como la *Arcadia*, si fué tal como la pintan los de la escuela llamada clásica.

Los amores del Cid y Jimena, el valimiento y trágico fin del condestable don Alvaro de Luna, las proezas del Gran Capitán, y las tomas de Valencia y Granada, han reemplazado á Páris y Elena, á los hechos de Ulises, á la toma y destruccion de Troya, y á las desgracias de Idomeneo.

Pelayo ha reemplazado á Rómulo, las catedrales góticas á los templos corintios, Jesucristo á Júpiter.

Esta es la revolucion literaria, y la de las bellas artes es una consecuencia precisa, es un corolario natural de aquella. Por esta razon, los jóvenes que se dedican al estudio de las antigüedades dirigen sus investigaciones hácia la *edad media*, edad de los romances y de las trovas, edad de la cual se tienen noticias mas escasas de lo que parece debieran tenerse.

No es nuestro propósito en el presente artículo averiguar las causas de esta escasez de noticias; pero creemos, segun nuestro pobre entender, que debe haber contribuido mucho á ello la afición, de que antes hablamos, á *todo y solo* lo hecho por los griegos y romanos. En los siglos últimos se investigaba con mucho afán, si habia habido en Roma casas cuyas puertas se abriesen hácia la calle, como en Grecia: si databa desde la época de *las leyes de las Doce Tablas* la introduccion en Roma de la columna griega, etc., etc., sin cuidar de saber la significacion de esos admirables geroglíficos esculpidos en las iglesias *bizantinas*, en las capillas de los *caballeros templarios*, y en las catedrales *góticas*.

Pero nosotros los de este siglo, nosotros que parece llevamos por divisa los versos de Jorge Manrique, que por epigrafe ponemos en este artículo, tratamos de disipar las nieblas que cubren la poética *edad media*, penetrar sus misterios, y adivinar la significacion de sus geroglíficos.

La pasión á las antigüedades de los siglos medios se ha desarrollado en Alemania, en Inglaterra y en Francia hasta un extremo que parece increíble. Y nosotros los españoles, que poseemos en esta parte casi los mayores tesoros de Europa en una *mezquita de Córdoba*, un *Alcázar de Sevilla*, una *Alhambra*, asombro de los extranjeros, y otros mil monumentos árabes envidiados de las naciones mas ilustradas; nosotros cuyo suelo, tan visitado por artistas célebres de Europa, apenas cuenta una distancia de tres leguas en que no se halle un castillo gótico, ó una iglesia que antes fué mezquita, ó una torre atalaya de los moros; nosotros que, desde nuestra infancia, hemos oído con gusto las proezas de los caballeros de los siglos medios; ¿podríamos permanecer impasibles, sin desear á lo menos oír hablar de los monumentos y costumbres de aquellos incomprensibles tiempos? No lo creemos así, y por lo mismo nos proponemos comunicar al público nuestros escasos conocimientos, esperando excitar en nuestra juventud el deseo de acompañarnos algun día en nuestras investigaciones.

### II.

#### LOS TROVADORES.

¿Quién no llora en se acordar  
De aquellas cosas pasadas  
Que solian?  
¿Qué se hizo aquel trovar,  
Las músicas acordadas  
Que tañian?

EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

No vamos á añadir una composicion poética á las que sobre trovadores se han escrito. Vamos, sí á dar algunos apuntes históricos, con el objeto de hacer conocer, lo mas exactamente que podamos, á aquellos poetas de la *edad media*, padres de la poesía cristiana.

Cuando el torrente de los pueblos del Norte inundó la Europa en el siglo V, las ciencias y las artes se resintieron de la barbarie de los vencedores del pueblo romano. El armonioso idioma de los hijos de Lacio, que se hallaba á la sazón extendido por la mejor parte de Europa, cuyas naciones eran solo provincias *de la ciudad*, pereció casi del todo. ¡El vencedor, como mas fuerte, da siempre la ley al vencido!

La pobreza de la lengua goda permitió empero se salvaran de la inundacion muchas palabras, que mas ó menos fueron adulterándose en lo sucesivo, y acabaron por formar los idiomas poco cultos de los siglos VII y VIII.

Dícese que por este tiempo nació el provenzal ó lemosin, que mas adelante debia limar el de otras naciones.

Este trastorno de las ciencias, de las artes, y del idioma, alcanzó, como era consiguiente, á la literatura. Poco ó nada queda ya para poder conocer su estado en aquellos bárbaros tiempos. Lo poco que por entonces se sabia se hallaba encerrado en los claustros, y solo en

ellos pudo quedar algun resto de la latina. Las leyes y demás monumentos escritos se redactaban en latin; porque los hombres de letras que existian le cultivaban, y por lo mismo, su poesía debió ser un remedo de la romana. Pero, ¿y la del pueblo? O no la hubo, ó fué tan dura como bárbaro el idioma. Porque ¿qué versos podrian hacerse con tan dura lengua? Sabido es que la poesía puede existir sin versos, pero al nacer es compañera inseparable de ellos, como lo es de la música.

El siglo X fué completamente bárbaro; pero llegó el XI, y empezó á estudiarse. No podemos dudar que los estudios de entonces conducian á mas errores que la ignorancia misma; pero tampoco negaremos que despertaron los entendimientos, que en lastimoso letargo yacian.

A fines de él apareció Guillermo IX, conde de *Poitou* y duque de Aquitania, haciendo versos en el ya culto idioma provenzal. Pertenecia el condado de *Poitou* á las provincias meridionales de Francia, comprendidas bajo el nombre de *Provenza*, por hablarse en todas aquel idioma, y eran: la Provenza propiamente dicha, la Guiena y los tres grandes condados de Tolosa, Barcelona y *Poitou*.

Ni el género de Guillermo IX ni sus versos eran ya como los romanos; porque faltaba la cantidad, y su ausencia se suplía por el consonante y la medida.

Este duque, digno de celebridad, nació en 1071 y murió en 1122. Es el primer trovador de quien tenemos noticia: si bien puede creerse, con algun fundamento, que no fué el que abrió la senda; porque las gracias de su estilo dan á entender que el arte estaba ya cultivado anteriormente.

Dícese que Don Pedro I de Aragon, que reinó desde 1094 hasta 1104, hizo versos en lengua lemosina. Mucho deseáramos poder reclamar para nuestra nacion el honor de haber sido cuna del primer trovador conocido; pero nos inclinamos á creer que este Don Pedro puede haberse confundido con el II de aquel reino.

En el siglo XII el ejemplo y la proteccion del conde de *Poitou* y de otros personajes no menos ilustres, entre los cuales no debemos olvidar á Don Alfonso I de Aragon, sucesor de Don Pedro I, habia hecho que se aumentasen hasta un número prodigioso los poetas provenzales, conocidos con el nombre de *trovadores*.

La palabra *trovador* significa en lemosin *hombre que posee el talento de la invencion*.

Entre los de aquella época se cuentan los reyes Ricardo I de Inglaterra, conocido con el dictado de *Corazon de Leon*, Don Alfonso I y Don Pedro II de Aragon, que hicieron versos provenzales. Cuéntanse además grandes señores, obispos y damas. La primera que llamamos entre estas es *Azalais* de Porcairagues, de distinguida familia de Montpellier.

Pero no todos pertenecian á tan alto rango. Muchos nobles, cuyas casas habian venido á pobreza, y muchos otros que tampoco eran nobles, sintiendo arder dentro de sí la llama del genio, visitaban las córtes de los principes y grandes señores (casi tan numerosas como sus castillos) únicos teatros en que podian lucir su talento. Aguardábanlos allí los favores de los caballeros y de las damas, las mas lisonjeras consideraciones, y todo género de placeres. Todos celebraban su llegada, porque solo ellos sabian ahuyentar el fastidio de las horas no destinadas á la guerra ó la caza, cantando las proezas de los héroes, los torneos y el amor. De aquí viene la idea de que los trovadores eran unos cantores errantes; lo cual, como pueden haber notado nuestros lectores, no es de todo punto cierto. Cuando el nombre de trovadores se extendió á los poetas de otras naciones, fué porque cultivaron la poesía nacida en la Provenza, y muchos hasta su idioma.

En la época de que hablamos empezaron á rivalizar entre sí los trovadores, disputándose, por decirlo así, la prez del talento. Ya uno perfeccionaba el mecanismo del verso, ya otro creaba un nuevo género de poesía, y ya un tercero añadía nuevas gracias al diálogo, y hermanaba con ellas la moral.

El gusto rompió el yugo de la rutina; abrazando una extension de objetos desconocida hasta entonces, y arrojó el collar de la esclavitud, variando los géneros de composicion, insípidos hasta entonces por su uniformidad.

Y las trovas, dictados, cántigas ó lais, tensiones, serventesios, villanescas ó pastorales, y juegos partidos, acabaron por enseñorearse del trono que antes ocupaban las odas, bucólicas, églogas, elegias y anacreónticas. Las leyendas ó cuentos ocuparon el terreno que abandonara la epopeya.

Y la poesía dejó de ser el niño que empieza á pronunciar, y fué el otro lleno de gracias que aun no habla con toda claridad.

### III.

Raimundo Berenguer IV, conde de Barcelona, casándose con la heredera de Aragon, unió á este reino su condado, y con él el de *Carlad* en *Auvernia*, de *Milhaul* en *Rouergue*, y de *Gévaudan*, que habian pasado á su casa por medio de otro matrimonio.

La poesía de los provenzales, que hacia por entonces grandes progresos, no podia menos de introducirse en la córte de Aragon, aun cuando no la hubiese ya cultivado, como dijimos, Don Alfonso I.

Iban haciéndose tan universales la poesía y lengua lemosina en Europa, que llegó á ser esta última entre las personas bien educadas de los siglos XII, XIII y XIV,

lo que posteriormente la italiana, lo que en nuestros días la francesa. Porque los trovadores de Provenza pasando los Alpes, y atravesando los mares del Norte, llevaban en pos de sí á las c6rtes de Italia, de Inglaterra y de Alemania, la reputacion de sus obras, é introdujeron allí el gusto de su poesia y la aficion á su idioma. ¿Qué debía, pues, suceder en el reino de Aragon?

Su rey Alfonso II, hijo de Raimundo Berenguer, subió al trono en 1162: honró sobremanera á los provenzales, y los imitó. Algunos de sus sucesores cultivaron el *gay saber*, nombre con que se designaba la poesia provenzal. Tales fueron Don Juan I y Don Pedro III.

Los catalanes y valencianos hicieron, pues, versos en idioma y estilo de los lemosines. Tambien los hicieron los aragoneses; pero no tan generalmente como aquellos; porque compusieron mas en su lengua propia, adoptando las formas venidas de Provenza.

En los siglos XIII y XIV florecian en estas provincias un sinnúmero de poetas, y muchos de ellos de distinguidas familias.

Bien pronto reemplazó el *decir* en los versos de diez sílabas, como los *lemosis*, á las *trovas rimadas* que al principio usaron los catalanes, valencianos y aragoneses.

En el siglo XIV llegaron los trovadores á su apogeo. A principios de él se instituyeron los juegos florales, cuyo origen parécenos descubrir en la siguiente costumbre:

Cuando dos ó mas trovadores se encontraban en la corte de un grande, hacian de ella una *liza* poniéndose cuestiones difíciles, formando una especie de *justas* literarias, que recreaban tanto á los espectadores como las del *paleuque*. Los reyes y señores procuraban tener á su servicio y bajo su proteccion adalides de este género, capaces de *mantener* el campo contra los *aventureros* que á su corte pudieran venir.

Clemencia Isaura, dama principal de Tolosa de Francia, hizo reunir á todos los trovadores de aquellas cercanías, ofreciendo distribuir tres *joyas* ó premios á los que mejores versos compusieran. Esto fué en el mes de mayo del año 1323 ó en el siguiente.

Arnaldo Vidal ganó el primero, que consistia en una violeta de oro, por un poema en loor de la Virgen Maria. Este trovador era natural de *Castel-Nodari*.

Las otras dos joyas eran una zarzosa y una maravilla, ambas de plata.

Clemencia Isaura dejó á su muerte fondos suficientes para poder distribuir premios todos los años en el mes de mayo. La celebracion de los *juegos florales* fundados de esta manera quedaron á cargo del ayuntamiento. Victor Hugo ganó en ellos dos premios en 1819.

Tenian ya por aquel tiempo los trovadores *consistorios* ó colegios donde estudiaban el *gay saber*, y celebraban certámenes parecidos á los *juegos florales* en Tolosa.

Don Juan I de Aragon, deseando fundar uno de aquellos envió una embajada con toda pompa y solemnidad á pedir al rey de Francia, mandase al colegio de trovadores que fuese á plantear en Barcelona el estudio de la *gaya sciencia*. Concedido esto por el rey Carlos, vinieron de Tolosa dos *mantenedores*, y abrieron colegio en la Cataluña, bajo las siguientes bases: Decidieron que hubiese cuatro *mantenedores* ó catedráticos, uno de los cuales debía ser caballero, otro *maestro* ó doctor en teología, otro en leyes, y finalmente otro *honrado ciudadano*.

En caso de fallecimiento de alguno de ellos, el colegio de trovadores elegia otro de la misma condicion, que luego era confirmado por el rey.

En el reinado de Don Martin, hermano y sucesor de Don Juan I (que empezó en 1395) se aumentaron los privilegios y rentas del consistorio.

Celebrábanse allí los juegos florales del modo siguiente: En un salon elegantemente adornado con ricos *paños de pared*, y magníficas alfombras, elevábanse sobre unas gradas los asientos de los *mantenedores*; debajo de ellas los de los *escribanos* del consistorio; y mas abajo los de los *vergueros*. Dos filas de asientos formados en círculo en el salon eran los destinados para los trovadores. En el punto céntrico se veia un tablado de 3 á 5 piés de elevacion y de forma cuadrada, cubierto de paños de oro, sobre el cual se colocaban los *libros del arte* y la *joya* en que consistia el premio. La *silla alta* destinada para el rey, que presenciaba generalmente estos actos, estaba colocada á la derecha de los *mantenedores*.

Llegaban estos precedidos de los *vergueros* y de trovadores, y despues de tomar todos asiento, el *maestro* en teología elogiaba en una disertacion la *gaya sciencia*. Poniase luego en pié uno de los *vergueros* é invitaba á los trovadores á que publicasen sus trabajos sobre el asunto á cada cual asignado, lo que hacian levantándose y leyendo por turno sus composiciones, que prestaban al escribano cuando todos concluian.

Notable era el lujo con que estaban aquellas escritas y adornadas. Letras de colores de plata y de oro, dibujos iluminados con todo el primor de aquel tiempo, y papeles damasquinos, todo se hallaba en ellas.

Tenianse despues dos juntas: secreta la primera, pública la segunda. Determinábase en la secreta cuál era la composicion digna de ser premiada. En la pública se entregaba con toda pompa la *joya*. Una de las ceremonias, y acaso la mas notable, era la de traer la composicion premiada con una corona encima. Anotábase despues en el registro del consistorio, y se daba permiso para cantarla en público.

Salía en fin el trovador premiado entre dos *mantenedores*. Un jóven llevaba delante de él la *joya*, acompañado de ministriles y trompetas, y los demás trovadores

y *mantenedores* iban en derredor de él. Esta comitiva le acompañaba hasta su casa.

Poco despues de la muerte del rey Don Martin dejó de existir el consistorio.

## IV.

Una vez atravesados por los trovadores los Pirineos, fácil les fué llegar á Castilla.

Fernando III, *el Santo*, que ocupó el trono en 1217, *dió repartimientos* á los trovadores Nicolás, y Domingo, *de los romances*, que le acompañaron á la conquista de Sevilla. El mismo hizo versos que hemos visto en un manuscrito de la Biblioteca nacional. Seguramente el mérito literario de estos es muy pequeño; pero son en extremo apreciables para el anticuario.

Su hijo Don Alfonso X, llamado con razon *el Sabio*, escribió en verso, y dió tal impulso á la lengua castellana, que acaso á él debe el haber salido tan pronto de su infancia: mandó este rey insigne, que las leyes y demás monumentos escritos se redactasen en lo sucesivo en el idioma de Castilla, y dió ejemplo él mismo en el célebre código de *las Siete Partidas*.

Escribió Don Alfonso varias obras en prosa y verso: estas, si se exceptúan las *cántigas* ó *cánticas* de *Nuestra Señora*, que escribió en gallego, y *asonó* ó puso en música, todas las escribió en castellano. Segun el marqués de Santillana, en su tiempo se decia que *el sabio rey* habia *metrificado altamente* en latin; pero nuestras investigaciones no han conseguido ningun otro dato relativo á esto, que el dicho del marqués.

Un rey como Don Alfonso no podia dejar de favorecer á la poesia: en efecto, dispuso su proteccion al trovador provenzal *Giraud Riquier*, natural de Narbona, que en justo agradecimiento hizo de él grandes elogios.

Muerto Don Alfonso en 1284, ocupó el trono su hijo Don Sancho IV, cuya corte escuchó con placer los cantares de los trovadores. Los caballeros, los *ricos omes* y los eclesiásticos cultivaron allí la *gaya sciencia*, aunque sin adoptar, como otras naciones, el idioma provenzal.

Entre los muchos trovadores que florecieron desde aquel reinado hasta el de Don Juan II, merece atencion el *arcipreste de Hita Juan Ruiz*, que vivió hácia el año de 1320. Introdujose en su tiempo una variedad de metros desconocida hasta entonces; porque casi todos los poetas, y señaladamente los mas afamados, habian escrito en versos alejandrinos. Estos versos, diferentes de los franceses del mismo nombre, no tenian número fijo de sílabas; unos constaban de doce, otros de trece, catorce, quince y diez y seis, y hasta de diez y ocho, cuya circunstancia, unida á la de poderlos medir por piés *dáctilos* y *espondeos*, nos hace ver, que en Castilla se imitaron por aproximacion en los siglos anteriores al XIV los versos de los romanos.

Decimos *por aproximacion*, porque faltaba en ellos la cantidad, y se hallaba el consonante que no conocieron en los suyos los hijos del Lacio. Hemos prescindido y prescindimos por ahora, entrar en la cuestion de la antigüedad del consonante, cuya invencion atribuyen unos á los moros, otros á los godos, y que nosotros acaso diriamos deberse á los hebreos.

En las obras que del *Arcipreste trovador* se conocen, hállanse mas de diez y seis géneros de metros distintos, bien en la rima, bien en la forma de rimar, bien en el versificar, ó bien, en fin, en el número. Somos de dictámen que fué Juan Ruiz inventor de todos ó los mas de ellos; porque no hallamos tales metros en sus predecesores.

Los reinados de Enrique III y de Don Juan II, el primero á fines del siglo XIV y el otro á principios del XV, produjeron una multitud admirable de poetas. Son estos tiempos bastante conocidos, y por lo mismo nos detendremos muy poco en ellos; pero no podemos menos de dedicar algunas líneas á don Enrique de Aragon, marqués de Villena, aquel á quien la ignorancia del vulgo apellidó *el Hechicero*.

Este célebre marqués nieto de Don Enrique II de Castilla, compuso la primera ó segunda arte poética castellana conocida, á la cual se tituló: *el Arte de trovar* ó *la Gaya sciencia*, y otras diferentes obras, entre las cuales se hallan varias canciones. Grande debió ser la influencia del *Arte de trovar*, escrito en castellano en una época en que, segun algunos, el idioma de Provenza luchaba con el de Castilla; y grande fué la de su autor en la suerte de los trovadores.

Cuando el infante Don Fernando, tio de Don Juan II, nombrado rey por los nueve árbitros de Aragon, fué á tomar posesion del reino, entró á su servicio el marqués de Villena, y restableció en Barcelona el *consistorio de los trovadores*, que, como dijimos, habia cesado poco despues de la muerte del rey Don Martin, que fué nombrado su presidente ó director. Quiso tambien el docto marqués introducir en Castilla los *juegos florales*; pero la muerte no le dejó dar cima á tan alta empresa.

Desde que el infante Don Fernando se coronó en Zaragoza, ceremonia que se celebró con la mayor pompa en 1414, la etiqueta de palacio, y con ella los usos, trajes, diversiones, idioma y literatura castellana, se empezaron á introducir en Aragon, y desterraron al fin la aficion al idioma provenzal, en que valencianos y catalanes tan justa celebridad adquirian.

Don Juan II de Castilla, que habia nacido mas para las letras que para las armas, mas para artista que para rey, se preciaba de hacer versos: ocupacion en que le acompañaba su principal favorito, el desgraciadamente

célebre don Alvaro de Luna. Por esto favorecieron tanto á los trovadores; acaso por esto hubo tantos en su tiempo; y por esto Juan de Mena fué tan querido de aquel príncipe.

El reinado de Enrique IV, *el Impotente*, que comenzó en 1454, no fué favorable á las letras, y casi puede decirse que con él concluyeron los trovadores; pues si bien es cierto que en tiempo de los reyes Fernando V é Isabel se usan aun las palabras *trovar* y *trovador*, el estudio que en el reinado de estos se hizo de los autores clásicos latinos, que ya habia empezado á introducirse antes de Don Enrique IV con el de los célebres italianos, arrojó de nuestra nacion la literatura lemosina.

Ya antes del siglo XV habian desaparecido los trovadores en Provenza: atribuyen este acontecimiento, unos, á la depravacion de costumbres á que habian venido; otros, á que los italianos imitándolos al principio, y sobrepujándolos despues, concluyeron por oscurecer el billó de su primitiva gloria; y otros en fin, á otras diferentes causas.

Los trovadores gallegos y portugueses, que, segun *el marqués de Santillana*, habian cultivado mas que los de otros reinos de España la *gaya sciencia*, y de los cuales recibieron los castellanos los nombres del arte, como *maestria mayor* y *menor*, *encadenados*, *lexapren*, y *mansobre*, dejaron tambien de existir antes que los castellanos.

Es de notar que en los últimos tiempos de los trovadores se designaban con el nombre de *poetas* á los que lo eran en efecto, y con el de *decidores* y *trovadores* á los que solo poseian el versificar ó rimar sin poesia, que nosotros llamariamos si se nos permitiese, *fabricar versos*. Zurita en sus *Anales de Aragon* dice, que la *gaya sciencia* habia llegado á envilecerse en tanto grado, que los trovadores parecian juglares.

Daremos fin á este artículo con la etimología del nombre *gaya sciencia*. *Gaya* es palabra tomada, á lo que parece, de la francesa *gai* ó de la italiana *gaio*, que significan *alegre*, y las cuales acaso se derivan del verbo latino *gaudeo*, *alegrarse*, ó tal vez de una voz griega, que la misma significacion tiene. El origen de la voz *sciencia* podemos tomarle, bien de la francesa *science*, bien de la italiana *scienza* ó mas bien de la latina *scientia*. No hablamos de la etimología del nombre *gay saber*, ya por no cansar á nuestros lectores, ya porque es fácil hallarla sabiendo la de *gaya sciencia*. Diéronse en la edad media estos nombres á la poesia, para significar que era una ciencia alegre, divertida. Y en efecto ¿no es la poesia el bálsamo de nuestras penas, y la expresion sublime de nuestros pesares?

## V.

## LOS JUGLARES.

Estaba don Carnal ricamente asentado  
A mesa mucho farta en un rico estrado  
Delante sus juglares como omen honrado.

(EL ARCIPRESTE DE HITA. *Pelea de don Carnal y doña Cuaresma*.)

El origen de los yuglares está envuelto en nieblas casi tan densas como el de los trovadores.

La primera noticia que de su existencia en España tenemos es la que da la *Crónica general*, refiriendo haber intervenido aquellos en las funciones que por el casamiento de las hijas del Cid con los condes de Carrión se celebraron en Valencia hácia el año de 1098.

Algunos siglos antes habian hablado de ellos los cánones de varios concilios y los capitulares de Carlomagno, dado en el siglo VIII. Su origen es remoto; pero en vano nos fatigariamos en buscarle, y cuando consiguiéramos descubrirle, hallariamos probablemente entre los primitivos yuglares y los de la edad media una diferencia tan grande, como era consiguiente á la de las costumbres de uno y otro tiempo.

Los de los siglos medios, cuya profesion era cantar y bailar al son de los instrumentos, vagaban en cuadrillas, y acompañados de mujeres, de corte en corte y de castillo en castillo.

Los reyes, los grandes y los caballeros, los tomaban á su servicio: consta, por ejemplo, que Don Sancho IV de Castilla, llamado *el Bravo*, tenia en su palacio yuglares y yuglares para la diversion de la real familia.

Los trovadores, y en especial los de alto rango, llevaban en su compañía yuglares para que cantasen á la *señora de sus pensamientos* las trovas ó canciones que en su obsequio componian. De aquí, segun creemos, tuvo origen el error bastante general en el siglo XIII de confundir á estos con aquellos.

*Giraud Riquier*, aquel trovador que hemos dicho fué protegido por Don Alfonso X, presentó á este un difuso memorial en verso con el título de *Suplicacion al rey de Castilla en nombre de los juglares*, en junio de 1275. Quejábanse en él del abuso que en Provenza se hacia de la palabra *yoglar* (*jongleur*), que se aplicaba indistintamente á juglares y trovadores, y pretendia que así como en las demás clases hay gerarquias, las hubiese entre los *jongleurs*, y para cada una de ellas un nombre particular.

El rey contestó en el mismo mes, segun se ve al pié del antedicho memorial, declarando que eran *juglares* los que con buena educacion, talento y gracia, cantaban y tocaban instrumentos para divertir en la corte á la gente de distincion: *trovadores*, los que componian

las danzas, coplas, juegos, partidos, etc: y los que entre estos sobresalian, doctores en el arte de trovar. Finalmente, aquellos que sin vergüenza andaban por las calles tocando y cantando sin gracia para entretener al populacho eran *bufones*: y concluye el rey diciendo que no impone pena ni señala premio al que su declaración quebrantare ó guardare.

El mismo Don Alfonso, en las leyes IV del título II de la Partida VII, y III del XIV de la IV, impuso, por la primera, la pena de infamia á los *juglares, remedadores, facedores de escarnio*, que públicamente andaban por el pueblo, ó cantaban ó hacían juegos por *precio*: y por la segunda, privó á las *juglarescas* (porque eran *viles*) de ser *barraganas* de *ilustres personas*.

Pero en la primera se ve claramente que aquella pena se imponía por el *precio* que recibían, que los envilecía ante los demás, y por lo mismo no incurrian en ella cuando *tañían* instrumentos ó cantaban por *facer solaz* á sí mismos, á sus amigos, y á los reyes ú otros señores. También se hecha de ver que tal pena no alcanzaba, ni remotamente á los trovadores. ¿Y cómo había de imponérsela un rey que de trovador se preciaba?

Hemos visto que en Provenza se designó en tiempo de Riquier á los trovadores, yuglares y bufones, con el nombre general de *jongleurs*: en Castilla no fué así; porque la palabra *yoglar* ó *juglar* siempre se usó en su sentido propio. La *Crónica general de España*, las *leyes de las Siete Partidas*, las obras del *arcipreste de Hita*, el *Cancionero de Baena*, y otros muchos escritos, prueban esta verdad.

Berceo es el único que sabemos la usó en el sentido que le daban los provenzales, y fué cuando al fin de la *Vida de santo Domingo de Silos*, en apóstrofe al santo, dijo:

«Ca ovi gran talento de ser tu yoglar.»



J. Heliade Radulesco.

La fortuna y desgracia fué casi una para los yuglares y para los trovadores: cuando estos llegaron á su mas alto grado de esplendor, aquellos también: cuando estos decayeron, aquellos decayeron, y cuando estos desaparecieron, la palabra *yoglar* se borró del lenguaje comun. ¡Un rey impotente los hundió en el olvido!

MANUEL DE ASSAS

## Los escritores rumanos.

J. HELIADE RADULESCO.

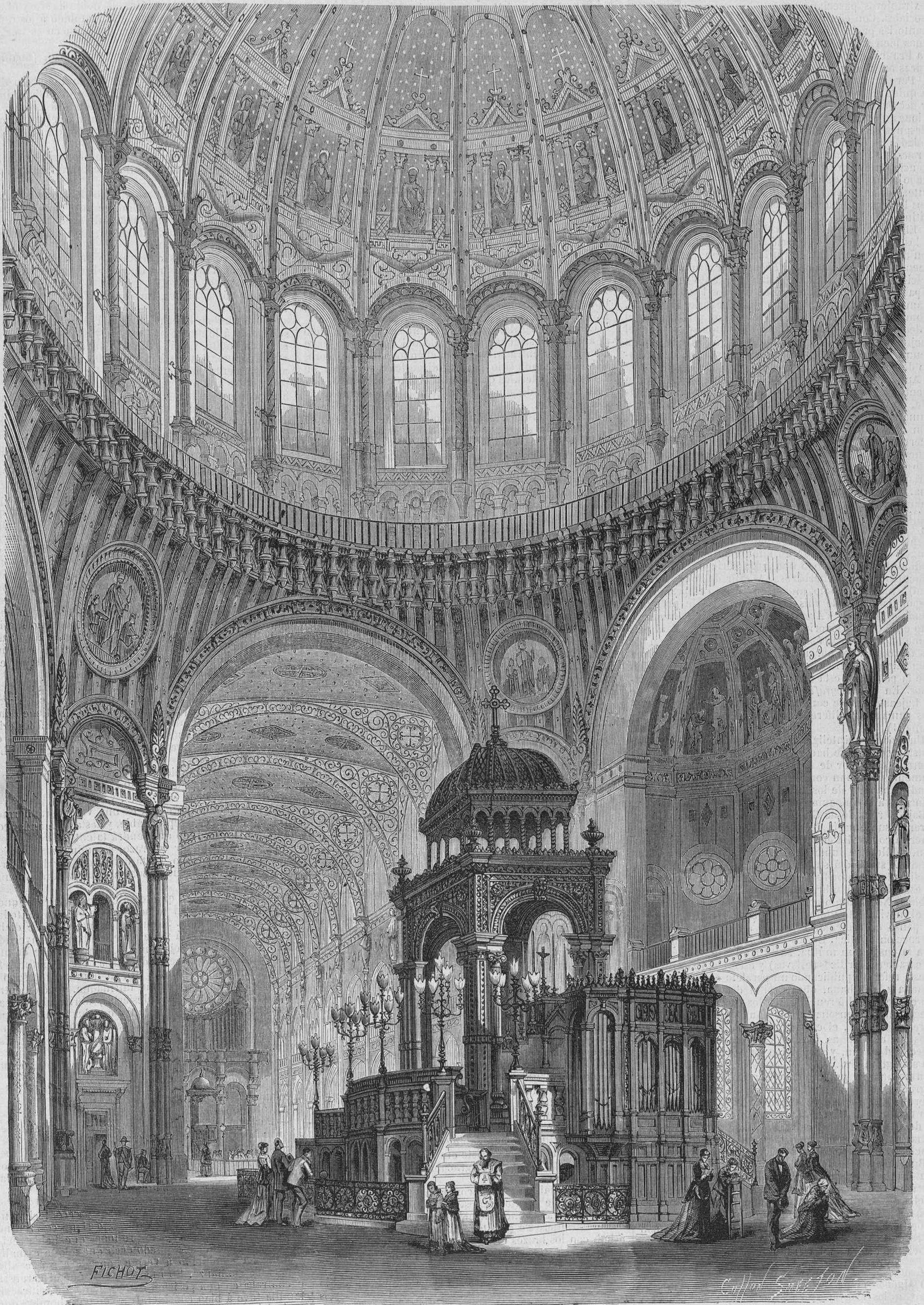
Los publicistas occidentales se quejan constantemente del trabajo que les cuesta, en medio de las afirmaciones contradictorias de los partidos, el darse cuenta de los complicados asuntos del Oriente cristiano en general, y particularmente de la Rumania. Esta dificultad proviene sobre todo, á mi juicio, de que pretenden juzgar los sucesos que ocurren en esas comarcas antes de haber adquirido una noción suficiente de su lengua, su historia, sus tradiciones y su vida intelectual. ¿Cómo se comprenderían las manifestaciones de los partidos en Inglaterra, si no se conociera la reforma, ni la memorable revolución de 1688, ni las luchas de los *torie s* y de los *wihgs*, ni los hechos que en nuestros días han asegurado alguna importancia al partido radical?

Aunque ordinariamente se hallen dispuestos á considerar las revoluciones orientales como obra exclusiva de las pretensiones y codicias personales, preciso es confesar que un examen atento arrojará de sí otras conclusiones. Desde 1821 (el 89 del Oriente) las teorías se mezclan allí como en todas partes á los hechos, y los contemporáneos se verían reducidos á la impotencia, si no tuviesen sus talentos algun prestigio.

La vida entera del que M. Vapereau llama con razon el «célebre poeta rumano,» y que M. Michelet califica de «gran poeta y filólogo ilustrado,» atestigua que un hombre que ha consagrado su existencia al estudio puede, aun en un país como la Grecia, donde la instrucción no ha penetrado en el pueblo, ejercer en Oriente



PARIS. — Nueva sala del tribunal de Assises en el Palacio de Justicia.



PARIS. — Vista interior de la nueva iglesia de San Agustín.

una influencia mayor que muchos personajes á quienes el nacimiento, la riqueza ó el apoyo de los gobiernos extranjeros parecían reservar las primeras posiciones sociales. Con efecto, la carrera de M. Heliade recuerda tanto las peripecias de la de Lamartine, que su historia mas bien parece un fragmento suelto de los anales de la Francia contemporánea que un episodio de las crónicas orientales.

Pero mas afortunado que el poeta de las *Meditaciones*, á quien se parece por lo simpático, el autor del *Serafin y del Querubin*, despues de haber atravesado las revoluciones que desde 1848 se han sucedido en la Rumanía; despues de haber sufrido el largo destierro cuyas penalidades ha contado en los *Recuerdos é impresiones de un proserito*, ha conservado toda la energía de su inteligencia, tan activa como fecunda, y este mismo año ha dado á luz su *Curso de poesía general*, publicacion que interesará vivamente no solo á los rumanos, sino á todos los eruditos que se ocupan de las literaturas novolatinas.

El primer periodo de la vida de M. Heliade anterior á los sucesos de 1848 (nació á principios del siglo) es eminentemente literario. En la época en que la Puerta reemplazaba los *domni* del *Phanor* por principes pertenecientes á familias cuyo establecimiento en los principados precedió al advenimiento de los Fanariotas, fué llamado á gobernar la Valaquia Gregorio IV (1822). Nombrado M. Heliade á los veinte años profesor en el colegio de Saint-Sava, comenzó á ocuparse ya con el mejor éxito en sus tareas filológicas, á las que no ha renunciado, como lo prueba el largo y hermoso prólogo de su *Curso de poesía general*.

Aunque estas tareas fuesen en apariencia puramente científicas, tenían una importancia política incontestable, en razon á que se trataba de relacionar la lengua rumana con los demás idiomas novo-latinos, esto es, con el italiano, el francés, el español y el portugués acercando así á los rumanos á las naciones que pertenecen á la misma fraccion de la raza ariana. Los eruditos de Occidente se formaban entonces ideas muy singulares sobre el origen y los caracteres de aquella lengua. Sin embargo, en medio de extrañas hipótesis se encuentra ya alguna luz en el libro de un sabio diplomático francés del siglo XVIII; Peyssonnel: «El origen de estos pueblos (los válicos) dice, se prueba sólidamente por su lengua, argumento incontestable; esta lengua es evidentemente un idioma latino que no han podido destruir del todo una larga serie de siglos y el concurso de tantos bárbaros... Al salir de Fokian (Focsani), me sorprendió mucho oír á un campesino que respondía á uno de mis criados, el cual le preguntó dónde estábamos. «*Avenit domicta la tzara roumanesca*, esto es, Vuestra Señoría ha venido al imperio ó al país rumano.» (*Observaciones históricas*, etc. — Origen de los válicos.) Pero porque la lengua de la Rumanía sea esencialmente latina, no se puede sacar en conclusion que la poblacion está exclusivamente compuesta de latinos. En la *Etnografía de la Turquía de Europa* por M. Lejean, se hace constar la existencia en las provincias rumanas de diferentes grupos extraños á la familia latina (1).

Una política inteligente y previsora, deberá tratar constantemente de hacer vivir en paz, bajo un régimen liberal y protector de todos los derechos, los variados elementos que han concluido por constituir la nacionalidad rumana, y de los cuales los principales han dado principes á la Valaquia como á la Moldavia.

Bajo el reinado de Gregorio IV, principe que, al asegurar la supremacía del elemento rumano, logró mantener la concordia entre todas las fracciones de la nacion, M. Heliade fundó el *Correo rumano*. Cuando Alejandro X sucedió á su hermano Gregorio IV (1834), el inteligente profesor fué nombrado inspector general de las escuelas y miembro de la comision de Instruccion pública. No contento con tomar una parte considerable en el movimiento literario, que entonces fué tan activo, pensó en remediar el atraso en que se hallaba la instruccion pública. En los cuadros que hizo imprimir para la enseñanza mútua, substituyó las letras latinas á los caracteres cirílicos (eslavos) y estableció las razones de esta reforma publicando un paralelo entre la lengua rumana y la italiana, obra capital destinada á probar que existe mas diferencia entre los cuatro dialectos del griego antiguo, enseñados por una sola gramática, que entre el francés, el español, el italiano y el rumano. Estas cuatro lenguas, decia, deben considerarse como dialectos del latín, y se podrian enseñar fácilmente con una sola gramática.

La naturaleza puramente literaria de estos apuntes biográficos, no nos permiten referir las causas que produjeron la deposicion de Alejandro X (Ghika) y la eleccion de Jorge II Ribesco. Cuando la insurreccion de junio de 1848 derrocó á este, M. Heliade fué llamado á formar parte del gobierno provisional que reemplazó al príncipe caído, siendo su presidente el metropolitano de Bukarest, Neófito. M. Heliade ha contado en una obra francesa que se titula: *Memorias sobre la regeneracion de la Rumanía*, las diversas circunstancias de aquella crisis, que terminó con una intervencion turco-rusa (setiembre de 1848). Entonces tomó el camino del destierro con los veinte y un rumanos que miraban con recelos los dos gobiernos que á la sazón se repartían el protectorado. La traduccion de la Biblia, que

(1) Algunos ni pertenecen siquiera á la raza ariana, como v. g. los Magyares (Finno-mogoles) y los israelitas (Semitas).

emprendió despues de la guerra de Oriente, demostró que su aficion al trabajo habia resistido á aquel período de pruebas. La viril generacion á que pertenece el autor de *Mircea* y de *Miguel el Bravo*, ha dado muestras en Occidente como en Oriente, de que estaba dotada de una actividad científica y de un celo para los grandes estudios, que no suelen hallarse entre los que comienzan á reemplazarla en la escena movible de un mundo bastante dispuesto generalmente hablando, á confundir la estéril agitacion con el verdadero progreso.

DORA D'ISTRIA.

### La nueva iglesia de San Agustin

EN PARIS.

A la hora en que escribimos estas líneas, algunos operarios trabajan aun en el ornato interior de San Agustin; pero ya la iglesia está abierta al culto, y el monumento puede darse por concluido. Esta iglesia es obra de un arquitecto que ha hecho ya sus pruebas, M. Victor Baltard, miembro del Instituto.

Como la irregularidad de la forma del terreno obligó al artista á estrechar la fachada del edificio, la nave angosta á la entrada, va ensanchándose hasta el coro, habiendo faltado sitio para la disposicion simétrica de las capillas laterales que, contra el uso establecido, tienen la forma de un trapecio. Aun falta en estas capillas el ornato.

La parte verdaderamente importante de la iglesia es el coro, que se encuentra bajo una espaciosa cúpula con numerosas ventanas. El aspecto de esta cúpula es sumamente ligero, y todas sus superficies están adornadas con oro, azul y colores claros. En su arranque están representados los Evangelistas en cuatro discos de bordes salientes.

A la derecha del coro se encuentra la capilla de San Juan Bautista, y á la izquierda la de San Agustin. El ornato de estas dos capillas es obra de M. Bouguereau. Por una parte se ve la *Predicacion de San Juan Bautista*, el *Bautizo de Jesucristo* y *Herodias con la cabeza del santo*. Por otra parte hay figurados tres episodios de la vida del patron de la iglesia.

La capilla de la Virgen está adornada con hermosas vidrieras de colores vistosos, y con dos composiciones de M. Brissot, la *Adoracion de los pastores* y la *Presentacion en el Templo*.

El conjunto del ornato honra sobremanera á M. Baltard. El arquitecto ha repartido con el mejor acierto la luz, y bajo este concepto su obra es muy moderna. En San Agustin se observa perfectamente que ya no se hacen iglesias sombrías. R. V.

### Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

— En realidad eso no está bien, dijo en voz baja, pero seriamente incomodado por aquel bélico ardor. Os exponéis á cualquiera observacion temeraria, que se hará con la mejor intencion, pero que no podrá menos de heriros. Esta no es una arena á propósito para vuestros ejercicios de equitacion.

— Me privais el placer mas insignificante, contestó Leonor irritada, y en seguida hizo dar media vuelta á su caballo.

Con un secreto despecho contra Antonio, se dirigió hácia un gran peral al rededor del cual hizo dar varias vueltas á su poney.

— ¡Con qué falta de delicadeza me ha dicho eso! pensó interiormente; mi padre tiene razon, es muy prosaico. La primera vez que le encontré, yo montaba tambien mi poney; entonces le gusté mucho. En verdad, los dos éramos todavía muy niños, pero él era mucho mas atento.

Este pensamiento atravesó por su imaginacion como un relámpago.

— ¡Qué brillante y agradable era la existencia en otro tiempo, y qué penosa y triste era actualmente!

Y entregada á estas desagradables reflexiones, hacia caracolear á su poney.

— No va mal, señorita Leonor, pero se necesita mas puño, gritó de pronto una estridente voz.

Sobrecogida, Leonor dirigió su caballo á un lado.

Un extranjero de esbelto talle estaba apoyado en el árbol, con los brazos cruzados y una burlona sonrisa en los labios. Se acercó lentamente á Leonor y llevó la mano á su sombrero:

— Eso es un poco pesado para ese anciano papá, dijo señalando al caballo. Espero que todavía os acordareis de mí.

Leonor miraba á su interlocutor como una aparicion,

y en su aturdimiento se deslizó hasta el suelo. La imagen de un pasado mas dichoso se presentó lleno de vida ante sus ojos. La fria sonrisa, la noble figura y el aplomo de aquel hombre pertenecian tambien á los recuerdos evocados en aquel mismo momento en su imaginacion.

— ¡M. de Fink! exclamó con embarazo, ¡cuánto se alegrará de veros Wohlfart!

— Y yo, contestó Fink, ya le he contemplado desde lejos, y si no hubiera reconocido ciertos indicios infalibles (y al decir esto miró nuevamente á Leonor) que era aquel Wohlfart convertido en militar el que se hundió hasta media pierna en la arena, no lo hubiera creído posible.

— Venid en seguida á su encuentro, repuso Leonor. Vuestra llegada, estoy segura, le causará la mayor alegría.

Fink fué de esta manera al lado de Leonor hasta la plaza de tirar al blanco, donde se disponian á disparar sobre el dragon. Se colocó detrás de Antonio, y poniéndole la mano encima del hombro, le dijo de pronto:

— ¡Dios te guarde!

Antonio se volvió sorprendido y se arrojó en brazos de su amigo. Vivas preguntas y breves respuestas se cruzaron.

— ¿De dónde vienes, caro *aparecido*? dijo al fin Antonio.

— Bastante en línea recta de allá abajo, contestó Fink señalando á lontananza. Hace muy pocas semanas que estoy de vuelta. La última carta tuya que recibí es del otoño último. Gracias á la misiva he podido orientarme próximamente para encontrarte. En la confusion que reina entre vosotros, miro como una gran felicidad haber podido reunirme á tí... ¡Ah! tambien está aquí maese Carlos, dijo al verle llegar haciendo grandes exclamaciones de alegría. Hé aquí reunida la mitad de la casa de Schröeter, y podemos ponernos á jugar al escritorio. Es cierto que al presente os entregais á otros placeres.

Y volviéndose hácia el lado donde estaba Leonor, continuó:

— He ido á ofrecer mis respetos á vuestro señor padre, y he sabido por boca de la señora baronesa que encontraría á la belicosa juventud en medio del campo. Ahora tendré precision de acudir á vuestra amable intervencion en mi favor. Somos algo amigos con este caballero (designando á Wohlfart), y tendría mucho gusto en pasar algunos dias en su compañía. Comprendo vivamente cuán indiscreto es en un extranjero solicitar en estas circunstancias un asilo en vuestra casa, pero por amistad hácia Antonio, que en el fondo es un buen muchacho, querreis hacer gustosa un pequeño sacrificio concediéndome el placer de permanecer aquí hasta que me haya familiarizado un poco con las enormes botas de caza que el valiente jóven ha calzado por encima de sus rodillas.

Leonor contestó con una graciosa galantería:

— Mi padre acogerá siempre vuestra visita con singular complacencia, pues hoy dia un amigo tiene doble precio. Voy en este mismo instante á mandar á los criados que lleven á vuestro aposento todas las botas de M. Wohlfart, para que mediteis á vuestro gusto sobre su hechura.

Hizo un ligero saludo, y conduciendo al poney por la brida, se dirigió hácia el castillo.

Fink la siguió con la mirada, y exclamó:

— ¡Por Júpiter! en el dia es una verdadera hermosura. Su atavío es irreprochable, y hasta sabe andar con gentileza. Ya no dudo que tendrá talento.

Cogió á Antonio por el brazo, y condujo á su amigo lejos del tiro al blanco, hasta debajo del peral silvestre. Bajo este árbol le sacudió todavía otra vez cordialmente la mano y dijo:

— Es indispensable que te salude nuevamente, querido amigo. En verdad yo no puedo volver en mí todavía de mi admiracion. Si cualquiera me hubiese dicho que cuando volviera á verte te encontraría convertido en indio pintado de rojo y negro, con un hacha de armas en la mano y cabezas desolladas en la cintura, le hubiese tenido por loco. Y tú, el hombre reposado y reflexivo, nacido para llevar miriñaque, te encuentras aquí entre estas malezas desiertas, abrigando pensamientos de matanza, y ¡por mi alma, hasta sin corbata! Si yo estoy cambiado, tú no lo estás menos; pero tú no debes admirarte del cambio que ha podido operarse en mí.

— Tú sabes ya cómo he venido aquí, contestó Antonio.

— Me lo figuro, dijo Fink; no he olvidado todavía las lecciones de baile.

A Antonio se le cubrió la vista.

— Perdóname, continuó Fink riendo; es menester ser algo indulgente con un antiguo amigo.

— Te engañas, contestó Antonio seriamente, si crees que una pasion amorosa me ha traído á este país. Por una serie de acontecimientos inesperados, me he hallado en relaciones con la familia del baron.

Fink se sonrió.

— Confieso, continuó Antonio, que esos acontecimientos no me hubieran conmovido tanto si mi corazón no hubiera dado acceso á las impresiones que habia recibido en esta casa. Pero puedo decir que solo la casualidad me ha conducido á verme honrado con una alta prueba de confianza. En una época en que el baron se encontraba en una posicion extremadamente crítica, su familia tuvo á bien considerarme como un hombre que tenia á lo menos la buena voluntad de serles útil. Me manifestaron el deseo de que consagrara durante algun

tiempo mis desvelos al cuidado de sus intereses. Cuando al fin acepté sus proposiciones, no lo hice sin haber sostenido antes una larga lucha contra sentimientos que no me creo en el deber de revelarles.

— Todo eso es muy hermoso, contestó Fink; pero cuando un comerciante compra un fusil y un sable, es necesario sin embargo que sepa por qué hace esos gastos. Así pues, perdóname que te pregunte con toda franqueza: ¿cuál es tu objeto?

— Me propongo permanecer aquí en tanto que crea que me necesitan, y luego irme á buscar una plaza en un escritorio.

— ¿En casa de nuestro antiguo principal? preguntó Fink con viveza.

— O en cualquiera otra parte.

— ¡Diablo, diablo! esto no tiene el aspecto de ir por un camino bastante recto ni de una confesion franca. No obstante, no hay necesidad de molestarte mas para que desembuches. Yo seré mas franco contigo. He sacudido el yugo que me habian impuesto en América, y te doy gracias por la carta que me escribiste y por los consejos que tu sabiduría me dió. Como tú me lo aconsejabas, aproveché la publicidad de la prensa para hacer saltar la compañía del Westland. Esto naturalmente tambien me hizo saltar á mí. A costa de algunos miles de dollars conseguí la cooperacion de algunos escritores, é hice llenar las columnas de los periódicos de Nueva York y otros Estados, de relaciones horripilantes sobre las operaciones de la compañía. Hice gritar en todos los tonos conocidos contra mí y contra mis socios. El asunto causó gran sensacion. El hermano Jonathan aguzó el oído. Todos nuestros rivales y los que nos hacian la concurrencia tocaron la trompeta de alarma, y tuve el placer de vernos á todos, á mis asociados y á mí pintados cada dia en una docena de hojas sueltas como especuladores sanguinarios y desolladores de carne humana. Esta caza y este *tolle* general que pagaba con mi dinero, me costó mucho. Al cabo de un mes la compañía de Westland estaba de tal modo desacreditada, que un perro no hubiera recibido de ella un pedazo de pan que le diera. Entonces fué cuando mis consocios, para desembarazarse de mí, me ofrecieron motu proprio una rescision de nuestro contrato y el reembolso de mi capital. Ya puedes figurarte con qué alegría acepté esta proposicion. Pero yo compré esta libertad á buen precio, y además he dejado allí el renombre adquirido de diablo en figura humana. ¡Bah! poco importa; á lo menos he recobrado mi independencia.

» Ahora he venido á buscarte y esto por dos razones: primero para volver á verte y hablar contigo, y luego para consultarte sobre mi porvenir, y hablándote con franqueza, quisiera alistarte en mis banderas. Yo no sé lo que me inclina hácia tí, porque en el fondo eres un muchacho frio y seco, y con frecuencia mas recalcitrante que lo que pudiera desear. Pero sea como quiera, me has hecho mucha falta en el extranjero. En el día que despues de vivos altercados con mi padre, á los que se ha seguido la frialdad en nuestras relaciones, he recobrado mi independencia, vengo á hacerte nuevamente la proposicion que te hice tiempo atrás. Vámonos á vivir juntos á Inglaterra, ó bien al otro lado de los mares. Examinemos entre los dos lo que podríamos hacer. Siendo libres uno y otro, el mundo entero nos brinda con su atractivo.

Antonio se arrojó entonces en brazos de su amigo y exclamó:

— Querido Fritz, no puedo menos de manifestarte mi sincero reconocimiento por la noble proposicion que acabas de hacerme. Experimento en este instante la mas dulce satisfaccion, pero ya ves que sagrados compromisos me retienen aquí todavía.

— Segun tus comunicaciones oficiales, deduje por consecuencia que tendrian un término.

— Es cierto, pero miramos la cuestion bajo un punto de vista diferente, repuso Antonio. Aun admitiendo que este pais no tiene nada de seductor, y que sus habitantes no son tampoco los mas amables, yo considero estas cosas de otro modo que tú. Tú eres mas cosmopolita que yo, y tomas un débil interés en la vida de un Estado del cual esta llanura y tu amigo forman una muy insignificante parte.

— En efecto, mi buen Tony, dijo Fink mirando con sorpresa á Antonio; esta vida no me seduce mucho, y todo lo que oigo aquí, no me inspira grande inclinacion á un Estado del cual tú te consideras tan orgullosamente formar parte.

— Yo pienso de otro modo, dijo Antonio interrumpiéndole. A menos de verse obligado á ello, nadie debiera en este dia abandonar su pais.

— ¿Qué oigo? exclamó Fink atónito.

— ¿Qué quieres que te diga? continuó Antonio. En un momento de pasion he reconocido cuán apegado está mi corazón al pais de que soy ciudadano. Desde ese dia sé por qué vivo en esta provincia en medio de una poblacion extranjera. En derredor nuestro está provisionalmente suspenso todo órden legal. Yo uso armas para mi propia defensa y otros ciento hacen lo mismo que yo. Sea el que quiera el sentimiento que me haya traído á este sitio, ocupo aquí el puesto de uno de los conquistadores que han arrebatado á una raza mas débil la dominacion de este suelo para explotarlo libremente y extender en él la civilizacion. La lucha entre nosotros los alemanes y los eslavos data de lejos, y reconocemos con orgullo, que la instruccion, el amor al trabajo y el crédito están de nuestra parte. Todos los resultados obtenidos por los propietarios polacos de las cercanías (entre los cuales se cuentan muchos hombres ricos é inteligentes) todo, hasta el último escudo de

que pueden disponer, se lo han ganado directa ó indirectamente por la industria alemana. A nuestras ovejas se debe el mejoramiento de sus salvajes ganados, nosotros somos los constructores de las máquinas con cuyo auxilio llenan sus toneles de espíritu de vino, y por medio del crédito aleman sus letras de cambio y sus tierras han adquirido cierto valor. Hasta las armas con las que nos hacen hoy dia la guerra, salen de nuestras fábricas ó les han sido entregadas por conducto de nuestros comerciantes. No es con una política cautelosa, sino por la via pacífica, por la del trabajo, como nosotros hemos establecido nuestra dominacion en este pais. Creo pues, que el que forma parte del pueblo aleman, obraria cobardemente si abandonara en estos momentos el puesto que el cielo le ha señalado.

— Hablas con mucha arrogancia en un pais extranjero, mientras el suelo de nuestra propia patria se estremece.

— ¿Quién ha hecho de esta provincia una provincia alemana? dijo Antonio extendiendo la mano.

— No niego que hayan sido los príncipes de vuestra raza, contestó Fink.

— ¿Quién conquistó la importante provincia en que ví la luz primera? preguntó Antonio.

— Un hombre lleno de energía.

— ¡Fué un príncipe valiente! exclamó Antonio. El y sus descendientes se apoderaron del pais extranjero por la astucia, por la fuerza, ó por medio de tratados, en un tiempo en que el resto de Alemania estaba, si se puede decir así, muerto y sumido en la miseria, administrando su conquista con valor y sabiduría. Abrieron canales en medio de los terrenos pantanosos y trasplantaron á comarcas deshabitadas una raza de hombres á los que infundieron sus propias ideas y los hicieron infatigables y laboriosos. Reuniendo bajo un solo cetro soberanías puramente nominales y nacionalidades degeneradas y casi destruidas, fundaron con su genio un Estado homogéneo y poderoso, que han legado á su casa, haciéndola el árbitro supremo de algunos millones de almas.

— Esa es la obra de los antepasados, dijo Fink. Sin duda al crear este poder, trabajaron para sí; pero hoy nuestra esfera se ha dilatado, se ha levantado un nuevo pueblo aleman. Exigimos á los eslavos que reconozcan nuestro poderío, que solo data de ayer. Esto será un poco difícil, porque están habituados á considerar como una propiedad inalienable las tierras que habian conquistado.

— ¿Quién puede prever cuándo terminará esta lucha entre el principio eslavo y el aleman? Tal vez maldeciremos todavía por mucho tiempo las funestas consecuencias que arrastran consigo estas guerras incesantes. Pero sea el que quiera el éxito de esta lucha, creo, y esto es para mí tan cierto, como que el sol nos ilumina, creo que el estado que fundaron nuestros antepasados no caerá á su vez como aquel sobre cuyas ruinas se ha levantado. Si hubieras vivido como yo, durante estos últimos años, en medio de gentes de escasos medios y de la actividad mas variada, estarias convencido de ello. Somos todavía pobres y débiles como pueblo, pero nuestra fuerza se desenvolverá de año en año, y prosperaremos por nuestro trabajo intelectual, por el bienestar que de esto se sigue y por la conviccion de que todos no debemos formar mas que una sola y gran familia. En estos momentos, nosotros los alemanes, estamos en un pais fronterizo unidos como hermanos, en tanto que los eslavos en el interior viven en completa discordia. Nuestra lucha es pura y noble.

— Concedo, dijo Fink mostrando su aprobacion; hé ahí cómo se expresará siempre un aleman; cuanto mas calamitosos son los tiempos, sus esperanzas son mas brillantes. Todo eso, maese Wohlfart, me demuestra que no tienes deseos de venirte ahora conmigo.

— No puedo, contestó Antonio con emocion. Espero que no te ofenderás por eso.

— Escucha, dijo Fink riendo. Desde nuestra última separacion se han trocado nuestros papeles. El dia en que me separé de tí, parecia yo un caballo del desierto que husmea un manantial. Esperaba entonces librarme de una existencia árida y monótona y remojarme en medio de una fresca pradera, no habiendo conseguido mas que caer en un miserable cenagal espantoso. Hoy que, fatigado y aniquilado, vengo á refugiarme á tu lado, te veo arrostrando valientemente la muerte y los peligros. Ahora eres mas fuerte que en otro tiempo. No puedo yo decir otro tanto. Esto consistirá probablemente en que tú tienes una patria, mientras yo no la tengo. Pero ya es tiempo de que dejemos esta conversacion. Enséñame de qué manera haces aquí la guerra. Preséntame á tus compatriotas; y muéstrame, si puedes, en esta encantadora propiedad, un pié cuadrado de terreno donde no se hunda uno en la arena hasta los tobillos.

Antonio condujo á Fink al lado de sus compatriotas, luego atravesaron juntos el bosque para enseñarle el cuerpo de guardia y las aldeas vecinas, y le explicó todas las medidas que se habian tomado para asegurar el castillo contra un golpe de mano. Fink escuchó con interés todos los detalles y dijo al fin:

— Habeis hecho lo mas esencial. Habeis conseguido mantener entre vuestras gentes el valor y el órden.

Entre tanto se preparaban en el castillo á recibir dignamente al huésped extranjero. El baron encargó á un

criado que viera si en la bodega habia suficiente provision de vino tinto y blanco, y reprendió al palafrenero por no haber mandado componer el arnés del caballo de montar.

La baronesa sacó de su guardaropas un vestido que no habia vuelto á mirar siquiera desde su arribo al nuevo dominio. Leonor pensaba tambien con cierto temor en el hombre presuntuoso que en la época de las lecciones de baile habia sabido imponerla y que desde entonces se le habia aparecido con frecuencia como una vision.

En el sótano que servia de cocina se observaba tambien una agitacion mayor que de ordinario. A excepcion de algunas raras visitas para tratar de negocios, este era el primer huésped de importancia.

Tambien la cocinera decidió hacer un pastel extraordinario; pero en aquel pais falto de recursos, carecia desgraciadamente de los principales ingredientes. Pensó en seguida en matar algunas gallinas de la granja, pero Suska, muchachita polaca, confidenta de Leonor, se rebeló contra este cruel proyecto que le hacia derramar lágrimas, y amenazó á la temeraria cocinera con llamar á su señora. Al fin la cocinera al oír aquellos lamentos cambió de parecer y mandó á toda prisa á un marmitoncillo á casa del guardabosque, para pedirle como refuerzo alguna pieza de caza.

Tambien se dieron prisa á quitar el polvo y las telarañas de toda la casa, y arreglar un aposento al lado del de Antonio. Trasladaron á él el pequeño divan de Leonor, el sillón de terciopelo y la alfombra de su madre, para honrar en alguna manera á la familia.

A Fink no se le ocultaba el bullicio que habia ocasionado su venida: recorria los campos en compañía de Antonio con una alegría que hacia mucho tiempo no habia experimentado.

Habló de sus aventuras, de las refinadas especulaciones y del aturdidor acrecentamiento del nuevo mundo, observando Antonio con placer que en las narraciones de su amigo se percibia siempre una profunda indignacion contra los horrores de que habia sido testigo.

— La vida en América es fuerte y activa, dijo Fink; en medio de ese continuo torbellino es donde he acabado de convencerme que en Europa, vosotros los alemanes teneis tambien vuestro mérito.

Hablando de esta manera volvieron al castillo donde cambiaron de traje. Antonio dirigió una mirada de sorpresa al mueblaje del aposento destinado á su amigo. Poco rato despues se presentó un criado que fué á invitarles á pasar al cuarto de la baronesa.

Ahora que se habian vencido las dificultades que ofrecia la instalacion del noble huésped y que las lámparas ofrecian una agradable claridad en todos los aposentos, la familia del baron se sentia halagada y feliz por la visita del rico y elegante viajero americano.

La casa del baron habia recobrado su antiguo tono, la conversacion amable y trivial, las nobles maneras y las atentas formalidades á que estaba habituada. La conversacion versó sobre los mismos objetos de otros tiempos, y Fink supo, durante esta primera visita, representar su papel con la habilidad de que tan oportunamente sabia hacer uso.

Trató á toda la familia á su placer; usó con el baron una familiaridad llena de miramientos, como convenia á un jóven de familia distinguida; atestiguó á la baronesa el mayor respeto, y se mostró franco y natural con Leonor. Dirigiéndole la palabra con frecuencia, triunfó muy pronto de su turbacion.

Los Rothsattel le trataban como á uno de los de su clase con quien les unia un oculto lazo de framaconería. Antonio tambien se preguntaba á sí mismo cómo el nuevo huésped se encontraba ya en la posicion de un antiguo amigo de la casa, mientras él parecia extranjero entre la familia.

Se levantó nuevamente en su alma algun tanto del sentimiento de respeto que cuando era mas jóven habia experimentado por el mundo elegante, noble y distinguido; pero este sentimiento no pasó mas que como una sombra por su clara y sana imaginacion.

Cuando Fink se levantó, el baron le dió una seguridad, con franco ardor, de que tendria una satisfaccion en retenerle el mayor tiempo posible en el castillo; la baronesa tambien dijo, cuando se hubo retirado, que el estilo inglés le sentaba perfectamente y que tenia en todo su refinamiento las maneras de un gran señor.

Leonor no pensó mucho en el buen tono de Fink, pero habló con una volubilidad extraordinaria. Acompañó á su madre hasta su dormitorio, se sentó en un taburete á su lado y se puso á hablar alegremente, no del huésped, sino de muchas otras cosas que les interesaban, hasta que la baronesa la besó en la frente y le dijo:

— Basta por esta noche, hija mia; vé á acostarte y no sueñes.

Fink se tendió con gusto en el divan.

— ¡Esta Leonor es una soberbia muchacha! exclamó radiante. Es sencilla, franca y natural: no tiene la exaltacion de vuestras preciosas jóvenes. Siéntate á mi lado, como en otro tiempo, y hablemos en amor y compañía, Antonio Wohlfart, intendente señorial de un *sahara* eslavo. Escucha: te encuentras en una posicion tan extraña, que cuando lo reflexiono, todavía se me eriza el cabello de sorpresa. En mis antiguas aventuras juveniles, me ayudaste frecuentemente con tus sabios consejos como un genio bienhechor. Ahora, tú mismo estás atacado de enajenacion mental, y como yo tengo hoy la ventaja de estar en mi perfecto conocimiento, mi conciencia me prohíbe abandonar en tu desvario.

— ¡Fink, querido amigo! exclamó Antonio.



Los Setters de Rusia, recién llegados al Jardín de aclimatación de París.

— Está bien, dijo Fink. Deseo permanecer algún tiempo á tu lado. Piensa la manera de facilitarme los medios para ello. Tú te arreglarás bien con las señoras; en cuanto al barón...

— Ya lo has oído, contestó Antonio; él mira como una feliz casualidad que un caballero como tú venga á habitar en su castillo solitario. Solamente..... (miró en derredor de sí con cierta vacilación) será preciso no hacerse el descontentadizo.

— ¡Hum! comprendo, dijo Fink. Os habeis convertido en gente muy mirada, muy económica.

— Eso es, dijo Antonio. Si yo pudiera llenar sacos con la arena amarilla del bosque y venderla por trigo, sería necesario verificarlo en grande escala para hacer entrar algún dinero en nuestra caja.

— Puesto que tú desempeñas el destino de cajero, ya debía figurarme que la caja estaría vacía, dijo Fink secamente.

(Se continuará.)

**Los Setters de Rusia.**

Nuestro grabado representa dos magníficos perros que acaba de adquirir el Jardín zoológico de aclimatación, los primeros de esta especie que, si no estamos mal informados, ha habido en el establecimiento.

Traídos de Rusia, estos animales constituyen una de las variedades más notables de los perros de muestra, y de aquí su nombre de *Setter*, expresión inglesa que se aplica á todos los perros de muestra, y que se halla adoptada hoy por los sportsmen. Fuertes y robustos, los Setters de Rusia tienen piernas derechas y firmes, y patas anchas y aplastadas; su cuerpo está cubierto en-

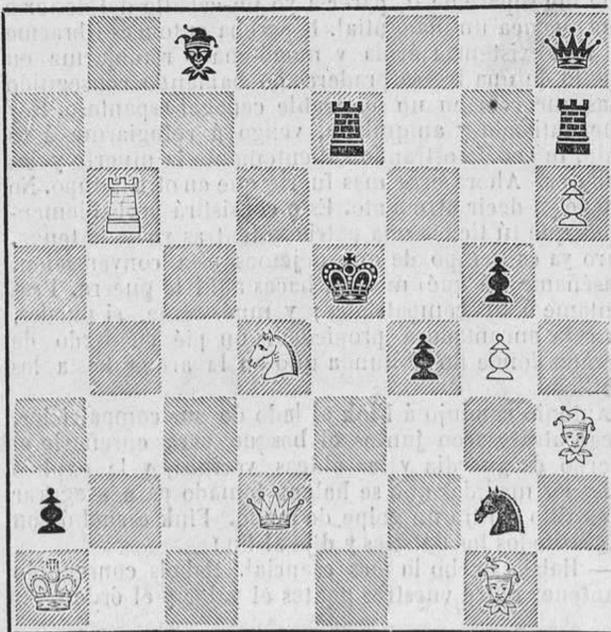
**Problemas de ajedrez.**

Solución del número 274.

- 1 C 4ª ARª R toma C
- 2 A 6ª R jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 275, POR M. C. M. BAXTER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

teramente con un pelaje lanudo, aun entre las junturas, de modo que resisten á las mayores fatigas: su cabeza redonda, sus sinus frontales desarrollados y sus orejas largas y guarnecidas de pelo como el hocico, forman un conjunto que da á estos perros un aspecto suave é inteligente.

El Setter de Rusia tiene un olfato delicadísimo, y bajo este concepto es muy superior á las razas inglesas.

En Rusia no solo los emplean para la caza, sino tambien para guardar ganados.

Como estos perros soportan sin trabajo el frío y el calor, es probable que los que hoy posee el Jardín de aclimatación se aclimatarán perfectamente en Francia.

D. G.

**Rectificación.**

En nuestro número 826 hemos publicado diferentes vistas relativas al terremoto del Perú, que han tenido la bondad de enviarnos los fotógrafos señor don Manuel Quera, de Ica, y señores Rodrigo y compañía, de Tacna. Por un error de imprenta se omitieron los nombres de estos señores al pié de las diferentes vistas publicadas en dicho número, y nos apresuramos á declararlo así con tanto más motivo cuanto que agradecemos sumamente el envío en cuestión, como siempre agradeceremos los que se nos hagan por medio de fotógrafos ó de particulares sobre asuntos americanos, en atención á que nuestro constante deseo es el de agradar en todo y por todo á nuestros favorecedores en América.

En este pícaro mundo hay precisión de ganarse la vida y nuestro pobre doctor no ganaba ni siquiera el agua que bebía.

## II.

Era ya hora por lo mismo que semejante estado de cosas concluyese.

Un día, para acabar de una vez, hizo correr la voz por Cuquiñan de que su ciencia era tan grande, tan poderosa y tan omnipotente, que era capaz no solo de curar un enfermo, cosa que para él era un juego de niños, sino de resucitar un muerto, lo cual bien puede decirse que era un milagro de Dios.

— Y aun más, decía, un muerto bien muerto, muerto y enterrado. Y lo resucitaré cuando quieran, en pleno día, en pleno cementerio, delante de todo el pueblo.

## III.

La noticia circuló, pero nadie le dió crédito. Los incrédulos sin embargo se decían:

— ¿Qué se pierde con ponerle á prueba? Preciso es verle en la obra, que en la obra es donde se reconoce al obrero. Puede salirse con la suya: ¡es un hombre que ha leído tanto! ¡Y se inventan tantas cosas en el día! A más, si hace el milagro le aplaudiremos, si no lo hace le silbaremos. Nada, nada, que resucite uno, y así veremos si lo de nuestro médico es solamente jarambe de pico.

Dicho y hecho. Se convino en que al domingo siguiente, á la hora precisa de medio día, el señor doctor resucitaría en pleno cementerio de Cuquiñan, un muerto ó dos, si era preciso.

## IV.

Ahora bien, el domingo, mucho antes de la hora dicha, el cementerio estaba lleno de bote en bote como la iglesia á la hora de misa mayor del día de Pascua. Aun no había acabado de dar el reloj las doce, cuando ya el médico, fiel á su promesa, llegó al punto de la cita vestido todo de negro. Bastante le costó atravesar por entre el gentío para abrirse paso hasta la cruz y subir al pedestal.

Una vez allí, saludó, tosió, limpióse los labios con el pañuelo, y:

## V.

— Amigos míos, dijo, os he prometido resucitar un muerto y voy á cumplir mi palabra. No me vuelvo atrás. Veamos, pues, ¡silencio! Comenzaré por deciros que tanto me importa resucitar á Jaime como á Juan, á Pepa como á Dolores, á Claudio como á Simon... Me es completamente igual. Vamos á ver, ¿quiereis que os resucite á... Simon? ¿Ya sabéis, Simon Cabañas... que murió de una pleuresía hará luego un año?

— Perdonad, señor doctor, dijo Catalina, viuda del pobre Simon. Era realmente un hombre como hay pocos, fuí dichosa con él y lo lloraré tanto tiempo como me guardará Dios los ojos en la cara, pero no lo resuciteis, no, porque... mirad, en cuanto llegue el fin del mes dejaré el luto, y luego, quieren casarme con Pascual, ya sabéis, Pascual el herrero. De hoy en ocho nos echan las amonestaciones, y... y he recibido ya las joyas.

— Habéis hecho bien en decirlo, Catalina. Busquemos otro. Entonces ¿resucitaremos, si os parece, á Carmen Reyfá, que enterraron el día de la Candelaria?

— Guardaos bien de ello, señor médico, gritó Jaime. Carmen era mi mujer, y hemos vivido diez años juntos, diez años de purgatorio, todo Cuquiñan lo sabe. Que Carmen prosiga donde se halla para su reposo y para el mio. Era un mal bicho, señor doctor, testaruda como un asno, y orgullosa, y con un genio de mil diablos, y con la mano horadada... ¡y con una lengua! una lengua de víbora que hubiera hecho disputar á la santa Virgen con san José... y... y aun no lo digo todo...

— Pero sin embargo, amigos míos...

— Perdonadme que os interrumpa, señor doctor... A mujer muerta sombrero nuevo. Como Carmen, á más, me dejó tres muchachos, que de seguro no se parecen á su padre, y como ya comprendereis que yo no podía cuidarlos, me he vuelto á casar. Es pues, inútil.

— Ya, ya. Todo está comprendido. Es claro que sería todo un lance si te encontrabas con dos mujeres. Bastante y de sobra hay con una... Pues bien, entonces resucitaré, porque al fin es preciso resucitar alguno, resucitaré... tened, al buen tío Pedro.

— ¿Al tío Pedro del Mas-vell? preguntó Félix Bonpuny.

— Al mismo.

— ¡Ah! ¡mi pobre padre! Que Dios le tenga en la gloria, señor médico. Un santo varón, de seguro, pero no lo resuciteis porque, si volviese á la vida, hallaría tal embrollo en nuestros asuntos que sería capaz de volverse á morir de repente. Durante su vida cifraba todo su afán en vernos de acuerdo, y lo mismo fué morir que andar todos nosotros á arranca cabellos para repartirnos el poco bien que nos dejó. Somos seis, cuatro varones y dos hembras. Hemos sostenido un pleito, es-

tamos todos á matar, y nos ha tocado á cada uno un pedazo de tierra que para nada sirve.

— ¿Es posible?

— A más, si le resucitábais, sería preciso pagar entre todos una pensión al pobre viejo, nada más justo, y no sé cómo nos la compondríamos. El año ha sido malo, señor médico, bien lo sabéis, las viñas tienen la malura, el trigo no da, los olivos tienen su enfermedad también, las patatas se regalan...

— Pues bien, sea. Dejaremos dormir al tío Pedro. Pero, como al fin y al cabo aquí no hemos venido para rezar el rosario, ¿decidme á quién quereis que resucite?

— ¡Mi Magdalena! Resucitadme mi Magdalena, gritó entonces una buena mujer llorando como una *idem*.

— No, no, señor doctor, exclamó una joven. ¡Pobrecita! ¡Qué bien hizo en morir!... Antes de espirar me lo contó todo, todo... Le pusieron su vestido blanco y una corona de flores en la cabeza. Parecía una novia. Dejadla en tierra santa porque otra muchacha acaba de casarse con su prometido.

— ¡Pobre Magdalena!... En fin, no hablemos más. ¿Quereis pues que os resucite á Juan Pescador, el que murió el año pasado de un hueso de polla que se le atravesó en la garganta?

— ¡Me opongo! ¡Protesto! gritó con todas sus fuerzas Luis Gallina levantando sus brazos al aire. Sería una infamia. Me traspasó una viña y su casa de campo, que no vale nada, por una renta vitalicia que le pagué puntualmente en moneda de buena ley. Si resucitara, tendría que volver á pagarle su renta, y me parece que esto no es justo, señor doctor.

— Tienes razón. Sea, pues... Veamos. Conozco uno que murió sin dejar ni mujer, ni hijos, ni hermanos ni parientes, que era el ejemplo de todas las virtudes y que dejó al hospital el poco dinero que tenía: vuestro buen cura que tanto os quería y á quien tanto llorásteis. ¿Si lo resucitáramos?

— ¡Ah! no, no, gritaron de distintos puntos varios devotos. No, no, de ninguna manera, señor médico.

— ¡Buena la haríamos! exclamó una devota que parecía ser influyente en la congregación. El señor cura difunto, ¡pobrecillo! era viejo y sordo como una tapia, tanto que cuando me confesaba era preciso gritar de una manera que se oía á un cuarto de hora de distancia. Dejadle al pobre gozar de la presencia de Dios en santa paz y quietud, ya que ahora tenemos un cura que es joven y avisado, que canta como un órgano, predica como un serafín, y conduce su barca por buen camino.

— Entonces ya que todo ofrece dificultades, busquemos otro medio. Mirad, aquí delante tenemos la sepultura de un pobrecito niño. Tenía solo diez meses cuando murió; su epitafio lo dice. Casi es un crimen el volverle á la vida. ¡Es tan feliz de estar muerto y de no ver un mundo donde se oyen... cosas como las que me decís, amigos míos! Sin embargo, si quereis que lo resucite lo haré en el acto.

— ¡Ay! señor doctor, dijo entonces una pobre vieja llorando, el niño muerto de que habláis era nuestro. Yo soy su abuela. ¡Si hubiérais visto lo hermoso que era! ¡Dios nos lo ha tomado y su santa voluntad sea hecha! Ahora tenemos otro que está mamando. Dios hace bien todo lo que hace y da con una mano lo que quita con la otra. Si lo resucitábais, no podríamos alimentar los dos á un tiempo, y somos demasiado pobres para dar el uno á la nodriza.

## VI.

Entonces el médico se inclinó y dijo:

— Basta pues. Ya que no quereis que haga el milagro, dejémoslo para más adelante. Por de pronto, trataré de hacerlo, ya que no resucitando muertos, curando á los vivos y aplazándoles la hora de la muerte todo lo que sea posible. ¡Con que, buenas tardes, amigos míos, y hasta más ver!

Y se fué.

## VII.

De aquel domingo en adelante, el médico hizo milagros en Cuquiñan. No resucitó los muertos, pero salvó la vida á más de un cuquiñanés. Los habitantes tuvieron gran confianza en él, porque, en fin, decían, si no cumplió su palabra en el cementerio, la culpa no es suya, es preciso ser justos, sino nuestra.

Y colorín colorado el cuento está acabado.

José ROUMANILLE.

## Un cristiano y un judío

EN LA EDAD MEDIA.

## I.

Era una mañana de mayo de 1417.

La ciudad de Gerona ofrecía una extraordinaria animación en sus calles y plazas, llenas de bote en bote de sus habitantes y de gente de los alrededores que desde

las primeras horas, como avisados para asistir á una fiesta, habían tomado casi por asalto los sitios más próximos á las cárceles reales.

Lejos estaban sin embargo. Se trataba del repugnante espectáculo de una ejecución. Por desgracia en todos tiempos han tenido semejantes tragedias el triste privilegio de atraer á la inmensa muchedumbre en torno de las fatales tablas en que se representan, y cuyo público, demasiado numeroso, siempre impasible contempla cómo se derrama la sangre de un semejante, de un hermano, como contemplar pudiera un juego de recreo y provechoso pasatiempo. Hombres hay á quienes puede verse asistir constantemente á tales desgarradoras escenas, disputándose un puesto como una localidad en el teatro, y de cuya boca oíreis acaso contar con inexplicable y estúpida complacencia que el reo era muy conocido suyo, que les unían tales ó cuales lazos, lo mismo que se envanecerían si el malhadado protagonista fuera á distinguirse en un certamen ó á recibir el premio de una brillante victoria.

¡Triste es la condición humana! ¡Cuánta semilla de cristianas doctrinas es necesario sembrar en esos corazones empedernidos y de brutales instintos! ¡La maldecida raza de Cain será inmensa siempre!...

Una triste campana, heraldo de la muerte, va publicando que la Justicia de los hombres, implacable y dura como ella sola, ha decretado castigar á un infeliz delincuente.

Las puertas de las cárceles giran rechinando sobre sus pesados goznes, y aparece la triste comitiva, mientras en el interior de aquellas resuenan en fúnebre concierto las voces de los presos que entonan la *Salve* á la Virgen de la Buena Muerte, cuya imagen se venera en un nicho debajo de la maciza torre que se levanta á la entrada del *Call*.

El reo, conducido por gente armada y asistido de algunos religiosos aparece á los ojos de la inquieta muchedumbre que se pisa y codea para poder fijar sus curiosas miradas en el infeliz que de vez en cuando vuelve aterrado las suyas hácia un hombre que le sigue como el lobo á la inocente oveja sobre la cual espera arrojarle en breve.

¿Quién es aquel desdichado reo, perteneciente á la clase inferior del pueblo, según puede verse por su modesto traje? ¿Cuál es su delito?...

Si quereis saberlo, escuchad el siguiente diálogo que un grupo de espectadores sostiene entre sí:

— Es Guillem Serratós; ¿no le conocéis?... Vivía en la parroquia de Franciach, término de Caldas de Malaveya...

— ¿El que tanta parte tuvo en las últimas asonadas contra los hebreos?

— El mismo. Se le acusa de haber dado muerte al judío de esta ciudad, á Potit...

— ¿Y es este todo su crimen?... ¡Por haber despachado á aquel miserable perro, ¿condenan sin piedad á este hombre?... ¡Maldita sea semejante justicia y malditos los que la ejercen!...

Y esto diciendo, aquellos fanáticos intolerantes, cerraban los puños convulsivamente, poseídos de un furor encarnizado, aunque reprimiéndose y bajando la voz para no ser oídos.

— ¡Perros condenados! proseguía otro. La culpa la tenemos todos por no haber arrasado á toda la judería.

— Habla quedo, que pueden oírte y perderte. Ya llegará la hora para esa raza maldita. ¡Nunca me perdonaré tampoco el haber sido tan compasivo en la última asonada con aquellos malvados, asesinos de Cristo!...

— ¡Reniego de tu compasión!...

— ¡Si, razón tienes; pues bien merece ser desembarazada la tierra de esos ladrones usureros, sin concederles treguas ni descanso!...

— ¡Por un despreciable hebreo matan á un cristiano!... ¿Qué esperan de esos viles enemigos de nuestra fe?... ¿No hay hogueras para acabar con ellos para siempre?...

En estos ó parecidos términos se expresaban muchos otros del pueblo, desconociendo torpemente la religión del Salvador, que manda tratar con amor y compasión á todos los hombres, aun á nuestros más encarnizados enemigos.

La triste comitiva acababa de llegar al lugar destinado á las públicas sentencias. El reo con paso vacilante, iba á subir la fatal escalera de la horca... El verdugo se había apoderado de su víctima é iba ya á pasar el lazo en la garganta del desgraciado reo... El silencio precursor de aquel momento tan terrible como solemne reinaba hacia ya algunos instantes, comprimidos los pechos de los espectadores. Faltaban ya pocos minutos...

De repente desde un extremo de la plaza se levanta un confuso murmullo que aumentándose por segundos, llega á formar una voz general de «aguardad, aguardad;» «¡que hable, que hable el rabino!...»

Entonces destacándose de entre aquel confuso mar de cabezas una venerable figura, vióse á un anciano israelita vestido con el traje característico de los de su raza, cuyos ojos animados y brillantes tenían en aquel momento algo de mágico, de sobrenatural. Su blanca, lustrosa y poblada barba que le caía sobre el pecho, daba á su rostro una expresión noble y simpática. Adelantándose con firme y seguro paso hácia donde estaba el gobernador y ministros de Justicia de la ciudad, con voz clara y conmovedora dirigiéndose á aquellos funcionarios y al pueblo allí reunido, dijo:

— Gobernador, jueces, pueblo todo que me escucháis, atended mis súplicas y sinceras palabras. Yo, Jucef Struch Benet, de religión judaica, como todos mis ascendientes, inspirado por el Santo Espíritu que ha en-

trado en mi corazón, empeño mi palabra de recibir al momento el santo bautismo y seguir la fe de Cristo abjurando de mis errores y creencias, si perdonan la vida y dejan libre al reo que está para recibir la muerte.

Una confusa vocería producida por un extraordinario júbilo, se siguió á las palabras del generoso hebreo, á cuyas súplicas unió las suyas á voz en grito la inmensa muchedumbre...

El gobernador, deseando evitar un conflicto popular, caso de negarse á tales desmanes, dió orden de suspender la ejecución, pero solo por unos pocos días, interin se participaba al señor Rey lo sucedido.

Bien conocidos y señalados eran los servicios que en varias ocasiones Jucef Struch, muy conocido en la corte por su importancia, prestara á los curiales del rey, y también el respeto con que por su posición y arraigo era mirado por los de su raza; así que pensando con razón el obispo y demás autoridades en los favorables resultados que á la religión cristiana podía reportar la conversión de un judío tan distinguido como aquel, cuyo ejemplo indudablemente habían de seguir muchos luego, se apresuraron á gestionar para que tuviese efecto la súplica de aquel venerable israelita que, olvidando las graves ofensas inferidas continuamente á los suyos, abogaba con general admiración por un delincuente á la par que sanguinario enemigo del pueblo judío.

## II.

Pocas horas han transcurrido desde los sucesos descritos.

Las campanas del monasterio de Santa Clara con repetidos y frecuentes repiques anuncian á los habitantes de Gerona una religiosa é imponente ceremonia.

En aquel templo, que no puede contener el inmenso gentío que se agolpaba á sus puertas, recibe el agua santa del bautismo con solemne pompa, afiliándose á las banderas de la fe cristiana, el que poco antes desconocía ó negaba al Dios verdadero, apadrinando al neófito Jucef Struch, el obispo de la ciudad Dalmacio de Mur y la abadesa del mismo convento, cambiando sus nombres judaicos por los de Benito Dalmacio.

Con semejante inesperado suceso nadie puede desconocer los triunfos que alcanzaria la religión, pues sabido es que el ejemplo se propaga tanto mas en cuanto los que lo dan ocupan una posición elevada por sus virtudes, saber ó riquezas. El nuevo discípulo de Cristo fué de todos aplaudido, dando con su buen ejemplo una lección muy saludable á aquellos fanáticos y ciegos que con bien mezquinos sentimientos se gozaban en insultar al infeliz pueblo hebreo, mucho mas digno de compasión que de ser tan vilmente maltratado.

En aquellos tiempos de ignorancia y de tan ruines odios y venganzas, en que en el nombre de Dios se perpetraban los mas repugnantes crímenes, legándose de padres á hijos tan encarnizado rencor contra el pueblo judío enemigo del nombre de Cristo, hubo de probarles aquel compasivo hebreo que el corazón de los hombres es igual, grande á veces y muy mezquino otras, capaz de acciones las mas generosas como de los mas nefandos crímenes.

ENRIQUE CLAUDIO GIRBAL.

## Poesía.

### LOS CAMPESINOS.

(Á MI AMIGO Y COMPATRIOTA DON J. M. TORRES CAICEDO.)

¡Oh felices de vosotros  
Los que amais la soledad!  
¡Los que huyendo de los pueblos  
La dulce calma encontráis  
En el valle ó las montañas  
Y en campestre humilde hogar!  
¡Los que oís en la arboleda,  
Cuando el alba asoma ya,  
Y en las tardes soñadoras  
A los pájaros trinar!  
¡Los que auras puras y esencias  
De la floresta aspiráis,  
Y que veis cielos azules,  
Y que oís el platicar  
De las flores, con las fuentes  
Que por las cañadas van!  
— ¡No envidieis otra ventura!  
¡Teneis la felicidad!  
¡Que en las grandezas del mundo  
No están la dicha y la paz!

¡Oh felices de vosotros  
Los que la vida buscáis  
Con el trabajo campestre  
Que honor y provecho da!

¡Los que en la fresca alborada  
El tibio lecho dejáis,  
Y al pié de los mansos bueyes  
Vais al barbecho á sembrar!  
Que esos granos, en millones  
La tierra convertirá,  
— Esa madre tan fecunda  
Que rara vez niega el pan! —  
¡Felices sois! — ¡la esperanza  
No os abandona jamás,  
Y el tiempo aguardáis tranquilos  
De las cosechas llegar!  
— ¡No envidieis otra ventura!  
¡Teneis la felicidad!  
¡Que en las grandezas del mundo  
No están la dicha y la paz!

¡Oh felices de vosotros  
Cuando veis desde el alar,  
En la colina ó el llano,  
Y en el recuesto, que ya  
Las hermosas sementeras  
Empiezan á florear!  
Cuando, con el hacha al hombro,  
A la virgen selva vais  
A hacer la roza do el trigo  
Otro año habeis de sembrar,  
Y que á entradas de la noche  
Al cortijo regresáis,  
Donde os espera la amada  
Cantando en el manantial,  
En tanto que del pajizo  
Veis la humareda brotar!  
— ¡No envidieis otra ventura!  
¡Teneis la felicidad!  
¡Que en las grandezas del mundo  
No están la dicha y la paz!

¡Oh felices de vosotros  
Cuando en la labranza estais,  
Los sus frutos cosechando,  
Al són de tierno cantar!  
¡Cuando veis por todas partes  
Gentes que vienen y van,  
Cargando el fruto precioso  
De su rustida heredad,  
Mientras otros campesinos  
Avientan trigo acullá,  
Y que cual lluvia de oro  
Mirais del viento bajar!  
¡Oh felices de vosotros  
Que blando sueño encontráis,  
Lejos del mundo opulento  
En vuestro sencillo hogar!  
— ¡No envidieis otra ventura!  
¡Teneis la felicidad!  
¡Que en las grandezas del mundo  
No están la dicha y la paz!...

J. TEMISTOCLES TEJADA.

1868.

## Venganza irlandesa.

LEYENDA FANTÁSTICA.

(Conclusion.)

Apenas hubo leído el pliego, cuando el remordimiento y el dolor se despertaron en el alma de O'Gunnel. Su culpable conciencia empezó á persuadirse que en aquella extraña correspondencia había algo de sobrenatural. No había participado á nadie su viaje á Dubin, á cuya ciudad acababa de llegar el día antes. ¿Qué humana criatura podría de tal modo descubrir los mas recónditos secretos de su mente? ¿Quién podría con tanta seguridad, despues de un descanso de pocas horas, saber dónde se hospedaba?

Oprimido su espíritu por una vaga, pero no interrumpida inquietud, iba perdiendo de día en día el apetito y el sueño. Para aliviar la molestia de sus temores buscó en el seno de los mundanos placeres la distracción y el olvido, pero la pena que le martirizaba no le abandonaba jamás.

El 13 de febrero, mientras estaba en la mesa durante una de las tres noches del bullicioso carnaval, y en el instante mismo de levantar el brazo para hacer su *toast*, uno de los criados presentóle una carta cerrada con sello negro. Apenas le vió, cuando lo mismo que si estuviera herido por un rayo depuso la copa sobre los man-

teles y cayendo en su asiento permaneció mudo é inmóvil cual la tétrica sombra de Banco. Levantóse al volver en sí de su abatimiento, y pretextando una repentina indisposición, abandonó el banquete, las mujeres y los amigos.

Al despuntar el alba del siguiente día, acompañado de un solo criado, dejó Dubin, haciendo correr la voz de que había partido á caza á las montañas de Wicklow.

Aquella carta repetida el día 13 de cada mes, fué la que le arrastró á llevar una vida solitaria. Las placenteras distracciones y los inocentes paseos, parecíanle entonces sueños de una vida pasada. No podía esperar otra cosa que un alivio precario á su abatido ánimo; un momentáneo olvido de sus torcedores remordimientos. El desventurado creía poder adormecer su conciencia con la vida activa de los campos y con los gozos materiales, empero la *Isla de la Virgen* aparecía constantemente á su vista, y en cualquiera parte que se hallase veía á su lado el ensangrentado y amenazador aspecto de Patrik O'Darcy. Entre estas luchas interiores pasó O'Gunnel todo el mes de febrero.

Con una regularidad que le aterraba, fué recibiendo el día 13 de cada mes la fatal condena que le acortaba treinta días de existencia.

Al anoecer del 13 de junio regresaba de su periódica gira á la montaña, cuando al llegar al recodo de un angosto sendero que constantemente seguía el serpeneteo de un caprichoso torrente, se le apareció de pié sobre un pequeño promontorio O'Darcy, señalándole con el dedo una inmensa piedra junto á la cual era preciso que pasara para proseguir su camino.

A semejante aparición, turbóse O'Gunnel y parándose, llevó la mano á una de sus pistolas, fieles compañeras de sus excursiones, la cual disparó con mano trémula al aterrador fantasma.

La sombra continuaba inmóvil con aire de desprecio señalándole la piedra, cuando de repente desapareció como por encanto, ante los ojos del inglés. Sobrecogióse este por un secreto terror y adelantándose despues de breves instantes, hácia la piedra, halló encima de ella la mensual misiva que le recordaba el medio año que le quedaba de vida.

Cada vez mas atemorizado con tan tenaces y misteriosas apariciones, iban creciendo sus congojas, y á medida que los días avanzaban, un mortal pavor se había apoderado de su alma á la aproximación de cada nuevo mes.

Llegado que hubo el 13 de julio, y habiéndole pasado el oficial sin accidente alguno, abandonóse á la esperanza de no recibir la mensual carta.

Mientras mas alegre que de costumbre regresaba á su morada, reparó al atravesar un pequeño puentecillo, un hombre que con impasibilidad le obstruía el paso. Era este un noble anciano católico, al cual había hecho incendiar la casa, durante su última expedición contra los sublevados de Wexfort.

— Buen hombre, díjole el oficial, os suplico que me dejeis libre el paso.

— Caballero, os ruego que detengais vuestra excursión un momento: os estaba esperando, contestó el anciano.

— Retiraos; un oficial del ejército del rey nada tiene que hablar con papistas.

— Porque los papistas, añadió el católico con energía, desprecian al vil incendiario y bárbaro homicida. ¿No es verdad?

— ¡Miserable!... Nadie me ha ofendido impunemente. ¡Escoged y defendeos!

Y encendido el rostro por el furor, O'Gunnel presentaba al anciano sus pistolas.

— Quanto en otro tiempo me ligaba á la vida, respondióle este friamente, tú me lo quitaste. A pesar de preferir la muerte á la humillación de la existencia en que me ha sumergido el odio encarnizado del hereje sanguinario, no quiero descender á aprovecharme de la ventaja que sobre tí me da esta ocasión... La mano del asesino tiembla siempre al descargar el golpe...

— ¡Enhorabuena! ¡mas la mia no tiembla!

Al oír estas palabras, el pobre irlandés sacó de su seno una carta que presentó al oficial, diciéndole con sarcónica sonrisa:

— Tomad este papel que me encargaron os diera en vuestras propias manos... Y bien, teniente O'Gunnel: ¿os tiembla ahora la mano?

Al reconocer el negro sello, parecióle al desgraciado jóven que un brazo de plomo comprimía fuertemente su corazón. Sintió que se le doblaban las rodillas, y procurando apoyarse con una mano en la barandilla del puente, cayó al suelo desvanecido.

Cuando volvió en sí, miró en derredor suyo. Las aves nocturnas aleteaban pausadamente entre las cavidades de las rocas. Los árboles se elevaban en forma de caprichosos fantasmas. Creyó estar solo, y al levantar pausadamente la cabeza para contemplar la apacible calma de los cielos, vió encima de sí la imagen de O'Darcy que le miraba fijamente con encendidos ojos, puesto de pié en el borde aterrador de un oscuro precipicio.

En aquel mismo instante vibraron en el espacio las doce campanadas de media noche, que dieron en el campanario de la vecina aldea.

Enojosa tarea seria referir á cuántos medios acudió el desgraciado O'Gunnel, para sustraerse á su mortal perseguidor y á la terrible idea de su cercano fin.

Obtenida que hubo una real licencia, empezó á recorrer toda la Escocia y la Inglaterra, pero ni sus cortas estancias en las ciudades, ni la supresión de todo

trato, le sustraían á la fatal amenaza que todos los días 13 de cada mes le llegaba puntualmente.

Por el mes de agosto, determinó abandonar los tres reinos unidos, y refugiarse al lado de un pariente que hacia algunos años habia establecido su casa de comercio en Amsterdam.

Embarcado que estuvo, durante la primera semana del mes en un buque que se hacia á la vela para Rotterdam, y á medida que desaparecian ante sus ojos las nativas playas, le parecia alejarse mas y mas de la sepultura que tantos meses hacia le aguardaba.

Cierta noche, durante la travesía levantóse una terrible borrasca que puso al buque en inminente peligro de naufragar. Habiendo abandonado O'Gunnel su camarote, dirigióse al puente; y al contemplar á la tripulación ocupada en amainar las velas al pálido resplandor de los relámpagos, divisó de pronto la aterradora sombra de O'Darcy cabalgando sobre una entena, el cual despues de contemplar fijamente al teniente con sus brillantes ojos, arrojóle sobre cubierta la periódica carta; soltó una sardónica carcajada, y encaramándose rápidamente por la jarcia del palo de mesana, se perdió de vista entre la densa oscuridad de aquella noche.

¡Era la del 13 de octubre!

Cuanto mas inesperada, mas espantosa le fué á O'Gunnel aquella vision del aterrador irlandés, y abandonando ya todo resto de la esperanza que habia conseguido

al emprender su viaje, cayó de nuevo en su mortal abatimiento.

Llegado que hubo á la casa de su pariente, apenas fué reconocido de puro demudado. Pálido, livido el rostro á consecuencia de la fiebre que le devoraba, parecia un espectro. Una precoz vejez; su triste y penoso ensimismamiento; el remordimiento incesante que le acosaba, y por último su agitacion no interrumpida, habian acabado en el bizarro militar y apuesto jóven, con el jovial calavera de otros tiempos.

Inquieto y admirado por semejante cambio, atrevióse

de su valor, y nuestra religion tiende una mano bienhechora al pecador contrito.

— ¡Ay, amigo mio! contestóle amargamente O'Gunnel. ¡Hasta me está negado el consuelo de la oracion! Pocos pasos me quedan que dar sobre la tierra y á cada uno que dé se interpondrá el perseguidor demonio que apetece mi muerte. Esta noche cuando dará la primera campanada del nuevo dia, no seré mas que un cadáver. Pero... Mas no... ¡mira! ¡Héle allí!... ¿Le ves?

Y así diciendo, señalaba con la mano un marinero jóven de elevada estatura, que con los ojos fijos en él,

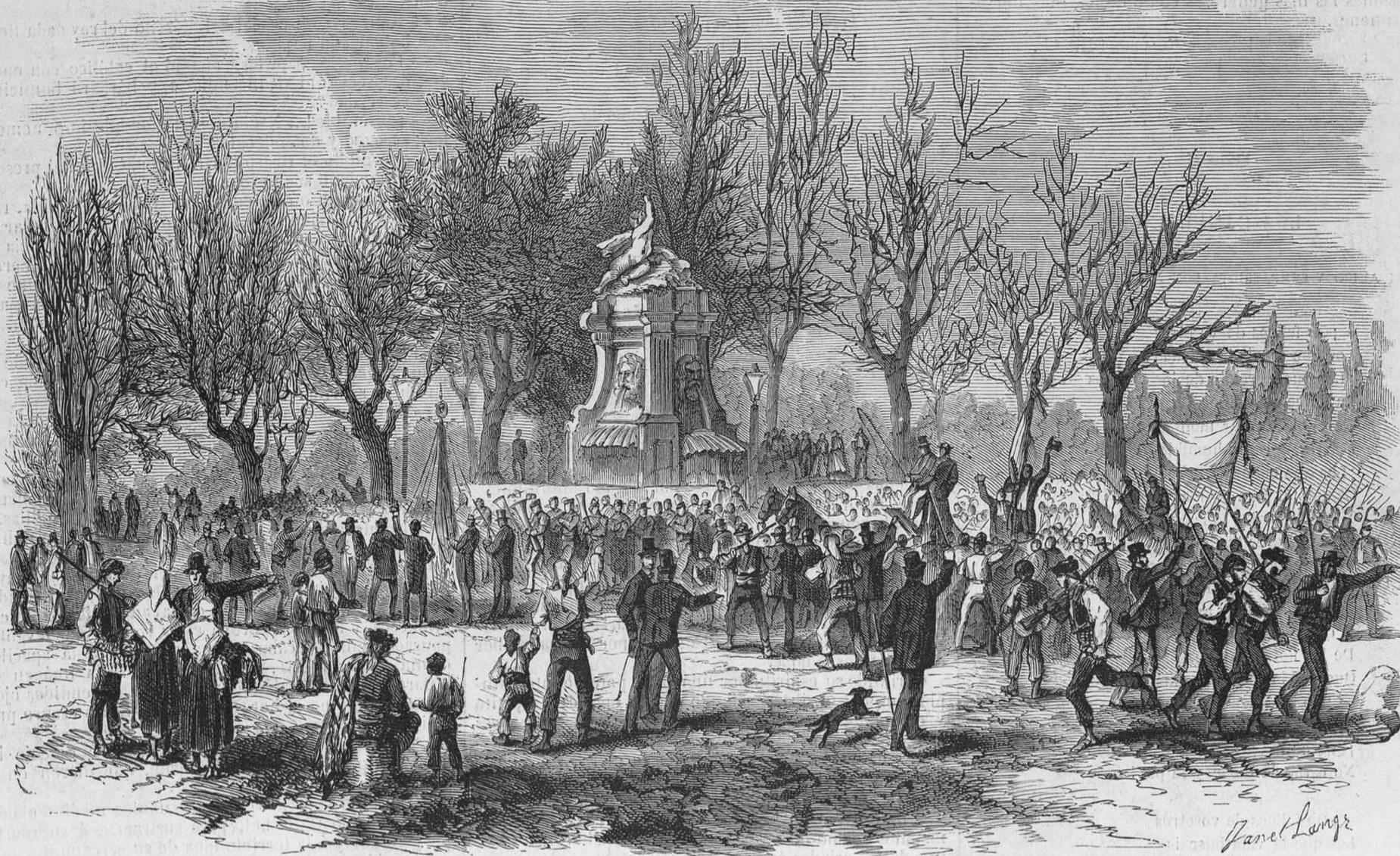


SUCESOS DE ESPAÑA. — Los talleres nacionales de Madrid.

algunas veces su pariente á preguntarle sobre la causa de aquella mudanza; pero solo tuvo alguna que otra rara é incoherente respuesta.

Cierta tarde en que el infeliz teniente paseaba con mas solicitud que de costumbre, á lo largo del canal que discurre por Heesen Eralt, una de las calles de mas importancia de Amsterdam, invitábale el comerciante á que le contase el origen misterioso de la extraordinaria variacion de su naturaleza; empero viendo que se mantenía firme en su silencio, quiso hacer la última tentativa, y con solemne, pero dulce acento le dijo:

— Escucha, Enrique: por mas que tu alma estuviera presa de los mas crueles remordimientos, oye al pariente, oye al amigo que te ama. Dios pesa la misma la culpa que el arrepentimiento del hombre. En su balanza cada cosa tiene la misma medida



Sucesos de España. — Entrada de don Emilio Castelar en Madrid.